



Precio en Madrid, por un año. . . . . 40 rs.  
Id. en provincia enviándose por el correo. . . . . 50.

Paris: librería española, de Mellado, rue Pavée St. Andrée, núm. 3.  
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.  
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

## SUMARIO.

**ARTÍCULOS.** Mistress Enriqueta Beecher-Stowe y su novela.—Proclama de Atila, poesía por don I. A. B. rmejo.—La Poetisa.—Aplicación de la electricidad al tratamiento de las enfermedades.—Me-sas volantes.—Variedades.—Historia, importancia y utilidad de los baños.—Historia del chocolate.—Las tre- pruebas.

**GRABADOS.** Mistress Enriqueta Beecher-Stowe.—Baños de Costona.—Baños de Panticosa.—Baños de Arechavaleta.—Baños de la Isabela y baños de Sacedon.—Baños de Viesgo en el valle de Toranzo.—Baños de Ontaneda en el valle de Toranzo.

### Mistress Enriqueta Beecher-Stowe, y su novela.

La *Choza de Tomás* es mas que un libro, es un acontecimiento. Enriqueta Beecher-Stowe es mas que un novelista, es un apóstol. Con razón ó sin razón, he aquí dos hechos incontestables; ¿á dónde llega este acontecimiento? ¿Cuál es el valor de este apóstol? Una simple exposición de las cosas y un resumen imparcial de la obra, permitirán que juzguemos de ambas cosas con conocimiento de causa.

Los Beecher se elevan por el número, y hoy por la importancia, á la altura de una dinastía. El abuelo de Enriqueta Stowe era herrero. El *Fraser's Magazine* le ha contado doce hermanos, de los cuales nueve son ministros de la reforma, y de estos siete son predicadores y dos escritores; los otros siguieron la carrera del comercio. «Tienen, afirma dicho periódico, la misma estatura y las mismas virtudes que sus padres. Todos tienen los ojos de un gris azulado (*bluishgrey*), lo que es encantador para las señoras, dice la *Revista Británica*. El panegirista se ve obligado á convenir en que este es su único encanto. Tienen además poca gracia, y una gesticulación vulgar.»

La autora de la *Choza de Tomás* es uno de los mejor tratados por la naturaleza, si es que el dibujante del grabado que acompañamos no la ha adulado. Garantizamos, no obstante, por lo menos la penetrante dulzura de su mirada, el óvalo prolongado de su cara, sus largos y rubios cabellos rizados á la inglesa, y la sencillez puritana de su traje. Confesemos además que el lápiz se ha determinado á encubrir algunas enfadosas arrugas que tiene la autora en la megilla izquierda, que parece haber sufrido algún accidente. Respecto á este particular, si alguno de mis lectores tiene la dicha de encontrar á Enriqueta Stowe, que procure mirarla por el lado derecho.

El jefe de la raza, el doctor Lyman Beecher, es ilustrado en América. Es un filántropo original. Sus réplicas son tan célebres como sus sermones. El *Magazine* cita una de ellas muy ordinaria, temiendo ofender la modestia del autor. Caminando con su mujer y su hija, el doctor cae en un foso peligroso; las dos mugeres dan gracias á Dios porque las ha salvado.

—Hablad por vosotras, responde Lyman Beecher, yo no puedo dar gracias al cielo de treinta y seis contusiones. He aquí felizmente un arranque del corazón, que vale por todas las agudezas del digno hombre. Caminaba hacia la ciudad para renovar su vestido, roto por los codos; para este efecto se había echado veinte y cinco dollars en su bolsillo; pero halló á su paso un limosnero de las misiones protestantes. Echa en su caja los veinte y cinco dollars, y vuelve á su casa para que le remiendan la ropa.

Enriqueta Beecher, hasta la época de su casamiento, tenía una escuela en Cincinnati con su hermana Catalina, conocida antes que ella por cartas y discursos acerca de la educación. Cuando llegó á ser mistress Stowe, por su alianza con este ministro de congregación, la futura autora de la *Choza de Tomás* siguió dirigiendo su escuela algún tiempo mas, mientras que su esposo enseñaba la literatura bíblica. Pero dejó sus funciones magistrales por los deberes maternos, á

consecuencia del nacimiento de un gran número de hijos, de los cuales cuatro ó cinco viven todavía por su fortuna, después de haber inspirado tan bien su talento.

A la par que educaba á su familia, halló tiempo para escribir en los *magazines* de los Estados Unidos fantasías y cuentos intitulados: *La flor de mayo* (*the may flower*). Estos ensayos anuncian la profundidad de análisis y la delicadeza de sentimiento que constituyen el mérito de la *Choza de Tomás*.

En el valle del Misisipi fué donde Enriqueta Stowe se inflamó por la emancipación de los negros; habia seguido á su padre en su expedición abolicionista; sobre este terreno tan disputado, ambas causas tenían sus campeones; de los discursos se pasaba á los puñetazos, y para derramar mas luz sobre el asunto se encendían antorchas.... Los misioneros de la esclavitud, batidos por la elocuencia de los reverendos Beecher y Stowe, les impusieron un día silencio, incendiando su establecimiento por un populacho embriagado.

Enriqueta Stowe estaba allí, predicando al lado de los doctores, escribiendo bajo el dictado de los hechos, recogiendo con sus ojos y reuniendo en su corazón las miserias de los

plo incendiado? ese es el retiro donde el doctor Beecher y Enriqueta Stowe se refugiaron después del triunfo de sus enemigos; en este parage viven modestamente con el producto de sus cortos honorarios. «Estaban muy á menudo bastante pobres,» escribe un testigo ocular; penetremos en la cocina, y veremos cocer en las hornillas una mediana comida. Una criada limpia las legumbres; una señora... ¿es una señora? su ropa dice que no; pero sus maneras dicen que sí;—una señora vigila á la criada y á su trabajo, al cual no desdén poner su mano de vez en cuando. Sobre sus rodillas descansan algunas hojas de papel; su tintero está sobre la mesa de la cocina. Escribe una frase al mismo tiempo que espuma el puchero, otra haciendo una seña á la sirvienta y otra echando sal á un asado. Esta señora es mistress Stowe... Este manuscrito es la *Choza de Tomás*.

He aquí de que manera se ha escrito el libro que debía dar la vuelta al mundo. ¡Sí! este volcán de lágrimas y de cóleras, esta erupción de dolores y de sollozos, ha tenido por cráter una cocina puritana!

La autora tuvo que ceder su novela por algunas libras esterlinas... Pero un presentimiento le hizo reservarse el porvenir, y al cabo de algunos meses habia ya tomado veinte mil dollars (440,000 rs.), sin contar las cantidades sueltas desquidadas por sus editores.

Apenas sale la *Choza de Tomás* de un rincón de la América, hace la explosión del uno al otro hemisferio, sucedense las ediciones y las lágrimas y los bravos; se tiran y se propagan los ejemplares por millares; todos los periódicos la publican y la traducen, y la Inglaterra da el ejemplo á la Europa entera; no hay un almacén en Londres donde no brille el título prestigioso de *Under Tom's cabin!*

En Francia un crítico del *Journal des Debats*, esclama el primero: «He aquí un librito que contiene en algunos centenares de páginas todos los elementos de una revolución. Este libro lleno de lágrimas y lleno de fuego, da en este momento la vuelta al globo, arrancando lágrimas á todos los ojos que le leen, haciendo estremecer á todos los oídos que le escuchan, y temblar á todas las manos que le cogen; es tal vez el golpe mas profundo que se ha dado á esta institución impia: la esclavitud, y este golpe le ha descargado la mano de una mujer. Es una nota aguda y penetrante que atraviesa el aire como una flecha, y hace estremecer todas las cuerdas sensibles de la humanidad. Este libro es una serie de cuadros vivientes, de cuadros de mártires que se levantan el uno después del otro mostrando sus heridas y su sangre y sus cadenas, y que piden justicia en nombre del Dios muerto por ellos como por nosotros. Mistress Stowe ha elevado á los esclavos al rango de las criaturas humanas; ha probado que tenían un alma; los ha hecho hablar el mismo lenguaje, experimentar los mismos sentimientos que los amos; ha demostrado que habia entre los negros, padres, madres, hijos, maridos, esposas, lo mismo que entre los blancos. Se muy bien, que esto se habia dicho hacia ya mucho tiempo, pero no se habia hecho ver de una manera tan palpable y evidente. Cuando las mugeres toman parte en asuntos graves, son terribles revolucionarias; solamente ellas encuentran el camino de los corazones y el secreto de las pasiones, porque las mugeres poseen una especie de adivinación magnética; saben donde están los ocultos manantiales; tienen la barita magnética que abre el misterioso conducto donde están depositadas las lágrimas; ellas serán en fin, un instrumento irresistible de propaganda.»

Los folletines de los principales periódicos de todas las naciones, con infinidad de ediciones en diferentes formas, un millón de ejemplares devorados en algunas semanas, un drama en el *Ambigu-Comique* de Paris, un drama sentimental en la *Gaité*, un vaudeville sentimental en el *Gymnase*, parodias en diferentes teatros, un drama en el Instituto de Madrid, tal ha sido la contestación que ha dado la Europa á la señal del crítico antes citado, Mr. Lemoigne.

El día 26 de noviembre último se reunió un meeting en



Mistress Enriqueta Beecher-Stowe.

negros y las crueldades de los blancos; llorando con los hijos arrancados á sus madres, con los esposos separados de sus mugeres; con los amos enterneidos con sus propios esclavos, viendo en su presencia todos los tipos y todos los semblantes, todos los tiranos y todas las victimas, todos los demonios y todos los ángeles de la *Choza de Tomás*.

Júzguese cual sería su desesperación cuando vió destruída la empresa de su familia, tan noble y tan santa para sus convicciones! Entonces fué cuando tomó la pluma y exclamó como la antigua Medea. «Contra tantos enemigos ¿qué nos queda?... ¡Yo, yo, repito, y basta!...»

Y mas poderosa, en efecto, mas formidable y mas elocuente que todas las predicaciones, la *Choza de Tomás* se lanzó del alma de esta mujer inspirada.

¿Ven nuestros lectores aquella pequeña casa en las márgenes del río, situada á algunos pasos de las ruinas del tem-



Londres, en el palacio señorial del duque de Sutherland Stratford-House. Allí se vieron las mas ilustres *ladies*, las mas poderosas *mistress* y las mas blancas *miss* de los tres reinos; todo el *caut* y toda la *fashion* en seda, en terciopelo y en cachemir; aquello estaba deslumbrador; allí se veía un millon de tocadores representando veinte millones de ventas. La duquesa de Sutherland tomó asiento en el sillón de la presidencia, y los otros miembros del meeting se situaron en su derredor. La orden del día era la *Chozo de Tomás* y la emancipación de los negros. La noble lady demostró que las inglesas no podían quedar inferiores á las americanas, y que era urgente para estas señoras enviar una felicitación á sus hermanas de los Estados Unidos, con motivo del admirable libro, y del mas admirable éxito de *mistress Beecher-Stowe*. Despues, desenrollando un *speech*, redactado por lord Shaftesbury, este heroico don Quijote de la humanidad británica, la duquesa leyó, bañándolas con sus lágrimas, frases que la *Revista* de M. Amadeo Pichot ha trasmitido á la posteridad. Al terminarse el discurso salieron al aire una infinidad de pañuelos de batista... Hubo unas doscientas ó trescientas lágrimas, unos treinta sollozos y cinco ó seis desmayos. En una palabra, todas las señoras allí presentes firmaron la *homilia negrófila*, y al día siguiente apareció en los periódicos á razón de muchos chelines por linea.

Pero cuando los maridos de estas señoras vieron el escrito impreso, y que los periódicos discutian esta cuestion, y que algunos la ridiculizaban, hubo una especie de conmoción en cada salón y en cada interior doméstico. Muchas *ladies* reclamaron contra la sorpresa de sus firmas, otras confesaron que habian comprendido mal el asunto; esta lanzó su maldición contra lord Shaftesbury; aquella contra la duquesa de Sutherland... De manera que llegó á ser muy dudoso que el famoso escrito pasase oficialmente á los Estados Unidos. (Revista Británica).

Y verdaderamente era lástima que la autora de la *Chozo de Tomás* y las hermanas de América no hubieran podido dar una curiosa respuesta á las *ladies* inglesas, dándoles gracias irónicamente por las lágrimas que derramaban por las desgracias de los esclavos negros, y rogándolas se reservasen algunas por las desgracias no menos dolorosas de los esclavos blancos, por las pobres costureras de Londres, que pasan sus noches enteras haciendo los trages de baile de estas señoras, por las ayas ó maestras de sus hijas, desdeñadas y despreciadas de las madres, por el miserable obrero de los establecimientos manufactureros y comerciales, por el campesino, mas miserable todavía, semi-siervo de las montañas de Escocia, por el minero, separado á un tiempo del cielo y de la tierra, de la familia y de la sociedad, en fin, por todos los innumerables parias é incurables de la civilización inglesa.

En cambio de la respuesta *ad hominem* de Enriqueta Stowe, se leyó en el *Times* la siguiente respuesta de lady Kay Shuttleworth, que tuvo la sorpresa de hallar su nombre en las firmas de la indicada felicitación:

«Señor: permitidme declarar que aun cuando me interese vivamente en la abolición de la esclavitud (¿y quien no experimenta el mismo sentimiento?), no he autorizado el uso que se ha hecho de mi nombre, relativamente al meeting reciente de Stratford-House.

«Reformemos nuestras escuelas, sin hablar de otras cosas, y podremos decir en seguida á estas señoras que reformen las casas de los negros...

«Si una indisposición no me hubiera impedido concurrir al meeting, hubiese espresado mi opinion en este mismo sentido.

«Kay Shuttleworth.»

En resumidas cuentas... lady Shuttleworth es una muger de mucho corazon y de mucho talento... la única probablemente de la reunion de Stratford-House, á quien *mistress Stowe* irá á dar un apretón de manos á su tránsito por Londres.

La residencia propia de Enriqueta Stowe, esta morada, fruto de sus derechos de autora (es necesario tambien pensar en uno mismo), está situada en Andover, en el Massachussets. La población le ha bautizado con el nombre de *Uncle Tom's cabin*, y este nombre será consagrado sin duda por la posteridad.

En fin, apresurémonos á declarar que Enriqueta Stowe es mas que una muger de talento, es una muger de corazon; es, fuera aparte de algunas preocupaciones, una especie de santa por la elevación y la pureza de las intenciones y de los sentimientos, y Dios nos guarde de hacerla responsable de las exageraciones, de los ridiculos, de las hipocresías, de las interpretaciones funestas, de los escesos y de las desgracias de que su libro ha sido ya y será el objeto y la ocasion.

B\*\*

### Proclama de Atila.

Desde la fria region  
que baña el ancho Danubio,  
hijos de la destruccion,  
subamos sin detencion,  
á la cresta del Vesubio.

Mi conquista dilatad  
con bárbara intrepidez,  
y nunca mostréis piedad,  
ni al clamor de la viudez,  
ni al llanto de la horfandad.

Gritemos: ¡Desolacion!  
Sed numerosos Atilas,  
sin alma, sin religion,  
y nunca estén en mis filis  
los blandos de corazon.

Quien ampare al desgraciado,  
tema mi horrendo castigo.  
La esperiencia me ha enseñado,

que nunca fue buen soldado  
quien perdonó al enemigo.

Llevemos por donde quiera  
inhumano desconcierto;  
dejemos en la carrera,  
en cada campo un desierto,  
y en cada pueblo una hoguera.

Tema nuestra vecindad,  
la muchedumbre intranquila.  
¡Soldados, no haya piedad!  
¡Que tiemble al nombre de Atila  
medrosa la humanidad.

La ensangrentada victoria  
del placer me lleva en pos;  
diga con horror la historia,  
que el sacrilegio es mi gloria,  
y la matanza mi dios.

Me dará un triste renombre  
mi carnívora fiera;  
pero ninguno se asombre....  
Para castigo del hombre  
me abortó naturaleza.

Desde la fria region  
que baña el ancho Danubio,  
hijos de la destruccion,  
subamos sin detencion  
á la cresta del Vesubio.

I. A. BERMEJO.

### La poetisa.

De una muger que practique á Ovidio y otra que lea á Voltaire, elijo la primera. Razon de esto puede ser quizá que la muger en mi concepto ha nacido ó para ser sublime en el *Ars amandi* ó incalculablemente grande para menear el fuelle. No admito en la muger la *pluma* en singular, y lo que es en plural solo la concedo color del plumero. Encántame mas una *Tiburcia* con refajo colorado, gorda, robusta, con una escoba en la mano y una telaraña física é intelectual sobre los ojos, que una *Eloisa* pálida, delgada, ojerosa, con una pluma y el genio de la inspiración en la frente.

La poetisa es un animal anfibio. Vive en el agua y en la tierra, esto es, en lo vulgar y en lo sublime. Mad. Staef, la literata monstruo, dice oportunamente que la poetisa es el hermafrodita de la creación. Nada mas inesplicable que este ser que tiene que alternar con aquellos á quienes se quiere parecer, y con las que son iguales suyas por el sexo que maldice. La poetisa no ama, carece de corazon. Como el gusano, que apenas abre las alas es inútil para hacer seda, así la poetisa deja su corazon en el tintero de donde saca el primer borron. La poetisa es solo cabeza, los ojos la sirven para leer, la boca para pedantear. Es, en fin, la estatua de Nabucodonosor. Cabeza brillante de oro, pecho de hierro, pies de barro. Total: poesia, imaginación, fuego y genio bajo una papalina ó un gorro de paja. Comprendo á Jorge Sand, y no á las que poetizan arrastrando sus bajas extremidades en el círculo estrecho de unas enaguas. Toda poetisa se adhiere á un literato como la rana al cieno. Ignoro si elige al hombre por hombre ó por escritor, creo lo último, aunque si bien ella puede contentarse con un genio que la ilumine y la corrija (sus versos), este, mas egoísta, no se creará pagado con un madrigal ó la dedicatoria de una novela.

La poetisa se divide en tres géneros: la poetisa lírica, la poetisa dramática y la poetisa sandia: gran tamaño, brillante corteza, en el fondo agua.

La primera no necesita estudiar, y no estudia. Es el aprendiz de carpintero, que se contenta con menear la cola mientras su maestro hace la pieza en que aquella ha de emplearse. Tiene la medida de un verso alejandrino y la trivialidad de la seguidilla. Es como la yedra. Enrósase al tronco que la da vida, le estruja, vive con la savia que le roba y le estenua, le mata, mientras ella se ostenta lozana. Cobra fama con los versos de aquel á quien se une. Allí donde veais Amaltea Martínez, leed Pedro Ruiz: La poetisa sirve á algunos escritores como el telón de un teatro para ocultar la decoración hasta que está con todo su efecto: es una pantalla, una cortina que se descorre cuando se quiere, y se tira cuando llega el invierno.

Vive en el cielo; adora las flores; canta á la luna, é invoca al amor como los condenados la presencia de Dios: no porque le hayan visto, sino porque están mal sin él. Es aficionada á el consonante, porque la poesia es á la muger lo que los tambores á los niños.

Por una casualidad inconcebible no vereis nunca que la poetisa, mala ó buena, sea amiga de poetas ramplones, entre los que sin duda se hallarán hombres de bien y buenos mozos, dado caso de que un poeta pueda ser buen mozo, ó mejor dicho, de que un buen mozo pueda ser poeta.

Siempre busca los mejores. Desde que elige á su Mentor, que llega á convertirse en Pilades hasta parar en Adonis, alza la frente, ahueca la voz y se rie de las mugeres con los hombres. La poetisa y la muger son el perro y el gato. Mira á sus compañeras por encima del hombro: presta á sus labios la sonrisa de la indiferencia, y separa los pies á media vara uno del otro para parecerse á los eruditos admiradores. Es la irritación de los hombres, y el ser despreciado y envidiado por las mugeres.

La poetisa lírica halla siempre abiertos los periódicos por muger, y cerradas las sociedades por poetisa. Nadie se la acerca sino los perros que la acarician presente, y la devoran cuando se halla ausente. La poetisa escribe siempre bien, aunque tenga muy mala letra; nadie se atreverá á herir su orgullo. Sus composiciones son una descripción de la naturaleza, arroyos, praderas, ruiseñores, etc., etc. Sin embargo, la que elige lo fuerte es atroz. Capaz es de hacer colérico á Job

y fria á Calipso: cada letra que estampa en el papel es una gota de ácido prúsico; cada sílaba un dardo; cada palabra un taco de escopeta. Cadalso es el mas frío romántico en su comparación, y Malfilatre el mas religioso.

La poetisa lírica escupe como Zorrilla, se suena como Espronceda, y toma café como el duque de Rivas. Es siempre llorona; cada frase suya es un suspiro; cada pensamiento una lágrima; cada espresión un ¡ay! lastimero.

Este ser, por último, si está en Prusia llora porque no está en España; si está en España porque no vive en Moldavia. Nace bendiciendo á la noche y acaba su existencia bendiciendo al día: escribe mas que piensa; habla mas que raciocina; es el loro en los oviparos y la comadreja en los cuadrúpedos.

La enfermedad mortal de la poetisa lírica es el matrimonio.

Apenas ha salido del taller de la poetisa dramática una obra, se lee y se aprueba ¿quién desaira á una señora? Se representa y se aplaude. La poetisa tiene muchos amigos que la hacen salir á las tablas á recoger las coronas compradas para tal objeto, cuando aun no se conocia la comedia. Esta muger vuelve á la nada como salió de ella. Las poetisas son exalaciones que se pierden, no dejando ni rastro en su camino. Nacen y mueren, brillan y se apagan, hablan y enmudecen en un minuto.

La poetisa sandia es la muger que ha leído mucho; que tiene su cabeza plagada de citas que vierte sin ton ni son, como y cuando le place. Elogia á Diderot, deprime á Rousseau y juzga á Lamartine. Es el mosquito empalagoso que cansa y hace daño mas por su pesadez que por su aguijón. Esta muger que no escribe es engorrosísima en sociedad, vierte erudición, tiene mucha memoria y ha estado en París. Si se encuentra en una boda cita las de Camacho; si en un entierro, el de César Augusto. Si entra en una peluquería, discute sobre el peinado á la Pompadour. Si está en una fiesta, no olvida las Saturnales. Es una biblioteca ambulante; mejor dicho, el índice de una biblioteca. Escupe historia y suda filosofía. La poetisa sandia aprendió á leer en la *Cassandra*, y muere murmurando el *Judio Errante*.

Esta muger no solo no es hermafrodita, sino que dista mucho de pertenecer á ninguno de los dos sexos. Es lo que el cetáceo en los animales.

La poetisa en general es fea, y por eso se llaman plantas maldicidas. Ahora bien, ¿será necesario decir que no hay regla sin escepcion?

LUIS M. DE LARRA.

### Aplicación de la electricidad al tratamiento de las enfermedades.

La medicina, al par que las demas ciencias naturales, ha hecho y está haciendo diariamente inmensos progresos de medio siglo á esta parte. Cultívanse con esmero y sin levantar mano todos los ramos que ella abraza, lo mismo que las otras ciencias que le son auxiliares. Así es que la química, la física, la botánica, la mineralogia enriquecen de continuo la materia médica, y con sus preciosos descubrimientos puede el médico combatir hoy día dolencias rebeldes antes á toda medicación. ¿No son una prueba palpante de esta verdad los maravillosos resultados que se observan en la actualidad del uso del yodo y del clorofórmico en sus variadas formas y aplicaciones? La electricidad, conocida 600 años antes de Jesucristo, ha sido manejada con éxito por muchos ilustres profesores; con ella Poma y Arnaud en 787 lograron curar parálisis y neurosis; la corea (baile de San Vito), ha sido curado repetidas veces, aun en los casos mas desesperados, por Haen, Tothergill, Waston y Manduit.

Estos hechos, que pudieran multiplicarse hasta lo infinito, se obtuvieron con la electricidad llamada estática (electricidad de tensión), ó posteriormente con la de contacto (galvanismo), que aunque mas superior á aquella, dejaba, sin embargo, mucho que desear para poderse aplicar con ventaja y sin inconvenientes al tratamiento de las enfermedades; pero ¿qué resultados tan sorprendentes no está dando hoy con sus nuevos modos de aplicación?

En efecto, con sus increíbles adelantos y el uso de aparatos recientemente inventados, desde que Taraday introdujo la electricidad de inducción y Duchesne de Boulogne logró localizarla, y probó que cada especie de electricidad poseia propiedades especiales, puede hoy día el hombre del arte localizar su acción, hacerla penetrar hasta en los órganos profundamente situados sin interesar los tejidos exteriores, obra á su arbitrio sobre la contractilidad, sobre la sensibilidad, excita en la piel desde un simple cosquilleo hasta el mas vivo dolor, sin desorganizar el tejido, cesando instantáneamente el dolor tan luego como se aparta el escitador. Por medio de la faradización se da la intensidad que se desea á la corriente eléctrica. La mano electrizada, los escitadores de superficie compacta, la fustigación, la brocha, etc., son otros tantos instrumentos de energía variada y de diferente valor terapéutico.

Por estos procedimientos, y segun que los escitadores estén húmedos ó secos, se opera donde y como conviene, y con ellos se consigue curar un sin número de padecimientos con mas ó menos prontitud. Las neuralgias, las hiperestesias, las anestias, las ciáticas, los dolores reumáticos mas rebeldes ceden á veces como por encanto á este género de medicación. Lográse con ella en ocasiones deshacer y resolver infartos y tumores; emplease con ventaja en la amenorrea y hasta en la infecundidad. Por medio de las recomposiciones eléctricas verificadas en los órganos produce la faradización ciertos cambios benéficos en el organismo vivo. La parálisis del movimiento desaparece con frecuencia, sometándose con perseverancia á la escitación farádica, como igualmente la del aparato de la orina, etc. Estas y otras afecciones pueden ser curadas con mas ó menos prontitud, ó al menos ventajosamente modificadas por la faradización; adquisición preciosa, medicación verdaderamente dinámica, á que de hoy no mas deberá la ciencia de curar los mas brillantes resultados.

En la persuasión, pues, de que los profesores se hallan con frecuencia imposibilitados de llenar indicaciones que únicamente con estos aparatos pueden ser satisfechas, con el de-



seo de llenar este vacío inmenso y de proporcionar á la humanidad doliente la curación de algunos padecimientos que se han resistido hasta ahora á todos los recursos terapéuticos conocidos, se ha formado un gabinete en donde se hallan excelentes aparatos para la aplicación de tan poderoso agente curativo. Los profesores á cuyo cargo está manifestarán á los pacientes con franqueza las probabilidades de su curación, y aplicarán los indicados medios á todos, sin distinción de clase, con igual solicitud y esmero.

### Las mesas volantes.

Después de haberse lanzado la multitud á los experimentos de la danza de las mesas; después de haber hecho girar durante muchas semanas, sombreros, sillas, veladores, y otra cantidad de objetos que no se habían fabricado para este uso, la sociedad madrileña ha mandado á pasear la *table-moving*, y este gran ruido que de la América se comunicó á la Alemania, de la Alemania á Francia, de Francia á Inglaterra, y después á España, á Italia, á Turquía, etc., este gran ruido ha caducado de repente. Las mesas quedan ahora en completo descanso, y procuran hacer olvidar sin duda con su conducta quieta y modesta, los pasados estravios; los sombreros ha vuelto á adquirir su sentimiento de dignidad, comprendiendo que se necesita cierto decoro cuando se tiene el honor de cubrir al jefe de este animal racional que se llama hombre... ¡Pobres mesas! ¡Ayer, cuánta gloria, y hoy cuánta decadencia!

Después de todo no es justo quejarse de la existencia de esta efímera fantasía; Madrid se fastidiaba, y halló en esto un asunto de conversación. ¡Cuántos periódicos han agotado este manantial fecundo! Sospechamos que solamente un individuo no ha quedado completamente satisfecho; ¡nos referimos á la Academia de Ciencias! Suponen algunos mal intencionados que andan los académicos buscando las causas ocultas del fenómeno de las mesas giratorias, y nos será extraño, porque el asunto lo merece.

Pero si hasta aquí hemos tratado de las *mesas giratorias*, hoy vamos á hablar de las *mesas volantes*. Y el fenómeno no se produce hoy, porque existe ya hace muchos años. ¿Me preguntáis donde? Yo aseguro que es un poco lejos.... en Siberia. Un periódico ruso, *Sjevernaja Ptschela ó la Abeja del Norte*, en su número del 27 de abril último, contiene sobre este asunto un artículo de Tscherepanoff, que ha viajado por el país de los calmuco. He aquí un extracto de él.

«Es preciso saber que los lamas, sacerdotes de la religión budhaica, á la cual se adhieren todos los mogoles y parte de los rusos, semejante en esto á los sacerdotes del antiguo Egipto, no comunican los secretos que han inventado, pero se sirven de ellos, al contrario, para acrecentar la influencia que ejercen sobre un pueblo naturalmente supersticioso. De este modo pretenden poder encontrar los objetos robados, y para este efecto se sirven de la *mesa volante*. Esto pasa de la siguiente manera:

«La víctima del robo se dirige al lama, rogándole que le revele el parage donde están ocultos sus objetos. El sacerdote de Budha pide dos ó tres días para prepararse á esta grave ceremonia. Cuando espira el término, se sienta en el suelo delante de una pequeña mesa cuadrada, pone la mano encima, y lee en un grimorio, cuya lectura dura una media hora. Luego que ha leído bastante, se levanta teniendo siempre la mano en igual posición que antes, y la mesa se alza del suelo. El lama se incorpora á toda su altura, lleva la mano encima de su cabeza, y la mesa asciende á la misma altura; el lama da un paso hacia delante, el mueble sigue en el aire su ejemplo; el lama retrocede, el mueble lo mismo; en una palabra, la mesa toma distintas direcciones, y concluye por caer en tierra. La dirección principal que toma la mesa, es donde está el parage que se solicita. Si ha de darse crédito á las relaciones de los habitantes, se han presentado casos en que la mesa ha indicado con exactitud el lugar donde se hallaba el objeto robado.»

En el experimento al cual asistió Tscherepanoff la mesa voló á una distancia de quinientos toesas. El objeto robado no fué encontrado al punto, pero en la dirección indicada por el mueble vivía un aldeano ruso que observó el signo, y el mismo día se quitó la vida. Su muerte súbita despertó sospechas; se hicieron pesquisas en su domicilio y en él se encontró lo que se buscaba. El viajero vió otros tres ensayos, pero ninguno tuvo éxito. La mesa no quiso volar; los lamas, por otra parte no se desconcertaron para explicar el motivo de esta inmovilidad; si el mueble no se movía, era señal de que los objetos robados no habían de poder encontrarse.

Tscherepanoff fué testigo de este fenómeno en 1851 en la aldea de Jelany. «Yo no daba crédito á lo que veían mis ojos, dice, estaba persuadido que allí existía cierto escamotaje, y que el lama se servía de una cuerda hábilmente disimulada, ó de un hilo de alambre para elevar su mesa por el aire; pero observándolo después no vi ninguna señal particular; la mesa era una plancha de pino bastante delgada, que pesaba solo libra y media, y hoy estoy persuadido que el fenómeno se producía por las mismas causas que la danza de las mesas»

De modo, que los gefes de la secta de los *espíritus* que creían haber inventado la *table-moving*, no han hecho mas que esparcir una invención hace mucho tiempo conocida en otros pueblos. *Nihil sub sole novi*, decía Salomón. ¿Quién sabe si en tiempo de Salomón se conocía ya la manera de hacer girar las mesas?... ¿Qué digo? Este procedimiento era conocido antes del digno hijo de David. Léase el *North-China-Herald*, citado por la *Gaceta de Augsburgo* del 11 de mayo, y se verá que los habitantes del celeste imperio se divierten con este juego desde tiempo inmemorial.

D.\*\*\*

### Variedades.

NOTICIAS DE CALIFORNIA. Una carta escrita en Greenwood Valley (California) da curiosos pormenores acerca de la existencia de los buscadores de oro en aquel decantado país. Vamos á extraer algunos párrafos de la mencionada carta,

para que sirva de aviso á los que aun se dejan alucinar por los cuentos de algunos periódicos. Dice el corresponsal que no todo es tortas y pan pintado en aquel país, y que es curioso ver el semblante de los recién llegados, que en sus ensueños durante el viaje veían montañas de oro, y que á las pocas horas de su llegada ven estos ensueños cambiarse en crueles realidades; «y el que se creía modesto (añade) al prometerse regresar luego que hubiese realizado un pequeño capital de 5,000 francos de renta, aceptaría de buena gana, después de algunos días de existencia en California, los medios de volver al país que dejó bajo la influencia de relaciones engañosas, ó cuando menos cruelmente exajeradas. ¡Cuán pocos sospechan la tarea que ha de cumplir el minero, para recoger al cabo de la jornada algunas partículas de ese polvo tan difícil de recoger!»

Al desembarcar en San Francisco nada parece difícil á los aventureros; tienen mucha resistencia física, y ni las privaciones ni las enfermedades les asustan. De uno de estos grupos hace el corresponsal la siguiente pintura.

«Llega por fin al Placer: compra su pala, su pico, un rocker y un plato; sienta su tienda y se pone á la obra bajo la acción directa y poco benéfica de un calor tropical. Mas, ¡ay! ya no se encuentra el oro en la superficie del suelo. Es menester cabar y quitar hasta la roca de una tierra endurecida por el sol, mezclada de tenaces guijarros y enredada en enormes raíces; y la roca no se encuentra amenudo sino á los 5, 10, y hasta 20 pies de profundidad... Figúrense ustedes las primeras impresiones del atleta que, la mayor parte del tiempo, no ha manejado mas que la vara de medir, la pluma de escribiendo de un alguacil, ó las pesas de una botica. En la primera tarde su cuerpo se niega á enderezarse, sus piernas se aflojan, y al día siguiente siente un completo quebranto; sin embargo, el hombre energético resiste, pues tiene que acostumbrarse. Al tercer día aparece una callosidad, se le abre la palma de la mano, se le despelleja la punta de los dedos... pero ya queda iniciado y se le admite en el gremio de los mineros.

»Por fin, después de algunos días de constante trabajo, encuentra la Peña y la tierra que producen. Entonces todo lo olvida el minero, y calcula lo que le producirá el hoyo que ha abierto.

»No ha llegado, sin embargo, al fin de sus trabajos. Trátase entonces de escarbar la Peña, las hendiduras y las grietas, de llenar los cubos de la tierra que se saca, de subirla y llevarla á lomo al río, torrente á veces que dista tres ó cuatrocientos pasos. Los buenos equilibristas pueden utilizar aquí sus conocimientos, porque hay que caminar, con la carga al hombro sobre rocas puntiagudas ó enormes guijarros desprendidos, etc.; pero en fin, en teniendo buena fortuna y pies seguros, se llega á la orilla del agua, donde está el rocker, y se lava la tierra. Al fin de la jornada, el pobre diablo encuentra en su plato cuatro ó cinco duros de oro en polvo; mas como emplea cuatro cinco días en este trabajo, se encuentra que ha ganado de 75 á 76 centavos al día; poco mas ó menos lo que su alimento le cuesta. Calcúlese lo que le queda.

»Comprenderán vds. que disgusto se apodera de este pobre minero; sin embargo, obligado por las circunstancias, continúa su tarea con mas ó menos éxito; pero se va desanimando gradualmente; le asaltan tristes reflexiones, piensa en su familia, en su patria, en los mil atractivos de la vida civilizada, y empieza á conocer cuanto se ha engañado en gastar 1,500 á 2,000 francos para venir á California á vivir con los indios y con las fieras. Cuando vuelve á Sacramento ó á San Francisco, allí, el que tiene fortuna y protección, se considera harto feliz al aceptar las funciones, bastantes buscadas hoy, de lava platos, y en las dulzuras de esta ocupación espera que la fortuna lo venga á buscar. Otros se meten á limpia-botas al precio de 25 centavos el par. Otros, en fin, emprenden la limpia de los pozos y de las cloacas.»

Termina diciendo el corresponsal que tiene un saco de cuero hecho espresamente para poner un pedazo de oro que había visto en sueño. «Pero (añade) este diablo de saco es como el tonel de las Danaides; lo que en él pongo por la noche, después de una jornada de sudor horroroso, sale de él al día siguiente para convertirse en harina, carne salada y frijoles, de modo que siempre está vacío.»

### CENSO DE CALIFORNIA.

El último practicado en aquel nuevo Estado, da los resultados siguientes:

|                                |         |
|--------------------------------|---------|
| Blancos.                       | 201,856 |
| Ciudadanos mayores de 21 años. | 105,544 |
| Negros.                        | 2,070   |
| Mulatos.                       | 572     |
| Indios domesticados.           | 55,550  |
| Estrangeros residentes.        | 59,991  |

En los condados de Nevada, Placer y Yuba se anotaron aparte 9,808 chinos.

En los demas condados se comprendieron en la denominación de estrangeros residentes, calculándose su número total en todo el Estado en 25,000.

APLICACION DEL VAPOR A LA AGRICULTURA. Mrs. Barrat, hermanos, se proponen hacer pasar la labor y desmonte de las tierras á las atribuciones del mecánico dueño de la locomoción, y la fabricación económica del pan y otros artículos de primera necesidad, dando á la agricultura medios de vida de igual potencia que los que constituyen la importancia y grandeza de la industria manufacturera.

Estos elementos los suministra una simple máquina que han inventado y que reemplaza perfectamente al brazo del hombre en la cultura de la tierra. Los inventores creen haber resuelto el gran problema que ocupa á los mecánicos hace treinta años: «la aplicación del vapor á la agricultura.»

Tres son los instrumentos que se emplean para el cultivo del suelo: el arado la azada y el azadon. El arado es un instrumento muy imperfecto para que Mrs. Barrat le hayan tomado en consideración: la azada les hubiera presentado infinitos inconvenientes por la dificultad de imitar los movimientos que el brazo del hombre le imprime; así es que se han decidido por aplicar el azadon á la máquina de vapor de su invención, constituyendo el todo el azadon á vapor,

cuyo efecto útil escende en cantidad al que producen los otros instrumentos agrícolas.

**Descripcion de la máquina.** Es una locomotora de cilindros oscilantes montada sobre cuatro ruedas de hierro de cerros muy anchos, á la cual está sujeto por detras un marco que lleva un árbol, sobre el que está colocada una docena de azadones: cada uno de estos tiene su mango, de un metro próximamente de largo, fijo por el otro extremo sobre el árbol de que acabamos de hablar.

Desde el momento que la máquina se pone en acción, los azadones se acercan al carreton que constituye la locomotora, á una distancia igual á la que tiene de ancho la banda de tierra que se va á trabajar, elevándose á medida que avanza la máquina casi hasta ponerse verticales los azadones que estaban horizontales.

En posición vertical, al movimiento de avance que verifica la máquina, los azadones reciben una impulsación tan fuerte, que caen y se clavan profundamente en el suelo, de donde se arrancan por medio de un movimiento de retroceso que verifica el árbol, levantándose en esta operación una gran cantidad de tierra, que viene á caer sobre uno de los bordes de la zanja abierta precedentemente.

Esta función de la máquina, que es su trabajo, se va repitiendo á medida que avanza el aparato.

Los azadones son independientes unos de otros, y la acción que reciben de la máquina se paraliza en el momento en que llegan á la superficie del suelo, de manera que penetran en él en virtud de la velocidad adquirida; así es que si uno de los azadones encuentra un obstáculo insuperable, se queda sin acción y levantado sin perjudicar ni paralizar en nada el trabajo de los demas.

Los azadones pueden estar colocados en una sola fila, y arrancar la tierra por bandas ó alternativamente, y de la misma manera en nada influye en la aplicación la disposición; igualmente pueden emplearse otros instrumentos agrícolas, el pico, el rastrillo, etc., etc. Debiendo advertir que para terrenos de mucha fuerza es conveniente duplicar el número ó dar segunda labor.

La máquina labra en cada golpe de acción pedazos de dos metros de largo por treinta centímetros de ancho, y de la misma profundidad, que puede duplicarse repitiendo el golpe; su manejo es sumamente sencillo y fácil: marcha adelante u atrás sin perjudicar en lo mas mínimo al terreno labrado. Una serie de ruedas de engranaje permite al maquinista aumentar ó disminuir la velocidad, y aumentar la fuerza del golpe comprendiendo una tira ó banda de terreno mas ó menos ancha.

Un juego delantero hace que este aparato dé vueltas á un muy corto radio con suma facilidad, teniendo ademas la singular ventaja de poderse utilizar como máquina motora en cualquiera necesidad.

**DINERO.** Tabla del dinero acuñado en la casa de moneda de Londres desde el año 1848 al 52 inclusive.

La suma total de moneda acuñada, ha subido en cinco años á la siguiente cantidad:

|                    |            |           |
|--------------------|------------|-----------|
| En monedas de oro. | 19,264,437 | lib. est. |
| En ——— de plata.   | 561,594    |           |
| En ——— de cobre.   | 12,508     |           |
|                    | 19,858,535 | lib. est. |

sea 1,855,049,687 rs.

Esta relacion es sobre todo interesante por el progreso rápido de la acuñación de monedas de oro, y las operaciones relativamente limitadas de aquella casa de moneda en piezas de plata. He aquí la suma de moneda de oro acuñada en cada uno de los años siguientes:

|       |           |
|-------|-----------|
| 1848. | 2,451,999 |
| 1849. | 2,177,955 |
| 1850. | 1,491,856 |
| 1851. | 4,400,411 |
| 1852. | 8,742,270 |

Resulta, pues, que de las 19,264,475 libras esterlinas acuñadas en el quinquenio, 15,142,682 libras, ó mas del tercio pertenecen á 1851 y 1852. El aumento considerable de estos dos últimos años, ha tenido por causa los continuos pedidos de especies acuñadas hechos por la Australia y la California para reemplazar á los lingotes que dichos países espedían á Inglaterra.

El banco de ésta ha recibido en los dos últimos años cerca de 14,008,000 libras esterlinas en moneda de oro, y no obstante, la suma que actualmente posee en sus sótanos es inferior en mas de 500,000 libras esterlinas á la que poseía en 1851; de donde se concluye que la Inglaterra ha exportado en dos años cerca de 15,000,000 de libras esterlinas, ó sean 1,589,500,000 reales en soberanos. La mitad de esta exportación ha sido dirigida á la Australia, y la otra mitad á los demas países estrangeros.

La acuñación de monedas de plata, que suma 501,591 libras esterlinas, se divide de la manera siguiente en el período quinquenal:

|       |         |           |
|-------|---------|-----------|
| 1848. | 25,442  | lib. est. |
| 1849. | 119,952 |           |
| 1850. | 129,096 |           |
| 1851. | 187,096 |           |
| 1852. | 189,596 |           |

### Historia, importancia y utilidad de los baños.

La costumbre de bañarse no es moderna; desde la mas remota antigüedad, han adoptado los hombres este uso conveniente á la salud y al aseo del cuerpo. Particularmente en los países meridionales el deseo de bañarse ha rayado casi en delirio, y hasta se ha reconocido como práctica religiosa que ningún hombre se ha determinado á contrariar. Por último, el uso de los baños ha sido conocido y practicado en todos los pueblos antiguos y modernos con mas ó menos extensión.

Vamos ahora á ver las diferentes maneras con que se prac-



ticaba esta costumbre cosmopolita, la suntuosidad de unos pueblos, la sencillez de otros, y especialmente fijaremos la atención en nuestro país.

Una de las primeras divinidades á las cuales rindieron culto los paganos fué el agua. Los egipcios veneraban las aguas del Nilo, y habia en el templo una finaja que llamaban sagrada, conocida con el nombre de *Canopo*, cubierta cuidadosamente con un velo, y en loor de la cual entonaban himnos de gratitud y reconocimiento, por los grandes beneficios que reportaba al pueblo, á los que se bañaban en el Nilo, ora lo verificasen por mero placer, ó porque la salud lo aconsejara, ora por precepto religioso.

La superstición de los persas consagraba una reverencia especial al agua: despues de hacer á esta grandes sacrificios, imponian durísimos castigos al que la profanaba, y por eso, ninguno que creyera manchar con su impureza tan favorita divinidad se bañaba. Otro comprobante que nos pone de manifiesto la veneración que tenían los antiguos pueblos al agua, es el juramento que supone Homero hacían los dioses por la laguna Estigia; esta sustancia, la reverenciaban también los indios, los chinos y los americanos.

En toda Europa existen monumentos, y particularmente en Roma, que atestiguan esta veneración; el agua fué también, tanto para los griegos como para los romanos, objeto de sus principales adoraciones.

Llamaban en los tiempos antiguos agua lustral, á la costumbre que tenían los gentiles de apagar un leño ardiendo sacado de la hoguera donde se habia hecho algun sacrificio. Con esta agua, purificaban á los fieles antes que penetrasen en el templo, cuya religiosa operación practicaban, rociando al pagano con un instrumento semejante al *hisopo* con que hoy se rocía á los cristianos con el agua bendita.

A la entrada de los templos gentílicos, se situaban una especie de vasijas parecidas á nuestras pilas de agua bendita, donde el pueblo acostumbraba á lavarse para presentarse purificado en la presencia de los dioses, y esta misma ceremonia se reproducía también siempre que salían de la casa de un difunto.

La *ablucion*, que quiere decir, lavatorio ó purificación, fué también práctica ejercida por los hebreos. «La Piscina del Tabernáculo hecho de orden de Dios por Moisés, y la famosa mar de bronce del templo de Salomón, eran unos grandes vasos llenos de agua lustral bendecida por el supremo sacerdote, cuyo destino era el servir de fuente, donde se lavasen los sacerdotes antes de los sacrificios, costumbre que tomaron de los israelitas, los griegos y romanos, conservando sus pilas lustrales á la entrada de sus templos.» Hoy mismo, los hebreos no han podido emanciparse de esta preocupación, no han podido deshacerse de ese singular respeto que profesan al agua. No bien un hebreo salta del lecho, cuando su primera ocupación es lavarse la cara y las manos, cuidando no tocar nada antes, porque se creen impuros antes de que preceda este requisito. También se establecieron categorías respecto á la mayor ó menor santidad de las aguas, por eso, siempre fueron preferidas las del mar á la de los ríos.

Mahoma, que para la formación de su libro sacó tantos apuntes del judaísmo, consignó en su obra, que la institución de las abluciones tenía un origen sagrado. El Corán y la ablucion, dice Mahoma, que le fueron revelados el mismo día por el ángel Gabriel, que unió el ejemplo al precepto, haciendo brotar en una caverna árida, un manantial, cuyos torrentes milagrosos sirvieron para la doble ablucion del enviado del cielo y del Profeta. Ocioso es manifestar, que desde entonces fué muy frecuente el uso del baño segun la práctica religiosa del islamismo. El musulmán está obligado á

hacer cinco oraciones diarias, y un número igual de abluciones preliminares, llevadas á cabo segun un rito obligatorio. Estas abluciones consisten en lavarse el rostro, una parte de la cabeza, la barba, las manos, los brazos hasta el codo, y los pies. Todo accidente que origina ensuciarse alguna parte del cuerpo, exige lociones parciales repetidas, y el capítulo III del Corán, titulado *Mas mugeres*, determina imperiosamente nuevos casos de ablucion. En fin, está establecido como obligación religiosa el baño completo del cuerpo. El legislador árabe parece haber emprendido conducir á sus sectarios hacia la limpieza, y se ha manifestado tan celoso de la observancia fiel de su ley que ha quitado todo pretexto á la negligencia y á la interrupción de la santa costumbre, orde-

blacion miserable ha sido dotada de baños por la munificencia de los sultanes, de los príncipes y de los ricos. Edificar una fuente ó fundar baños, es ejercer un acto de piedad. Se concibe desde luego, que bajo un cielo tan ardiente, lo que es un deber sea al mismo tiempo un placer. El baño, ha llegado á ser, especialmente para las mugeres, uno de los mayores goces de la vida oriental; con el baño dulcifican la servidumbre y el aislamiento del harem, en los baños lejos de la mirada de sus señores, disfrutan de la libertad y de las delicias de la vida común. El baño para ellas es el salón.

Es evidente que estos usos consagrados por la religion han aprovechado á la higiene general de los pueblos musulmanes, y que bajo este aspecto, la civilización oriental es superior para las masas á la civilización de Europa. El cristianismo, mas celoso de la pureza espiritual que de la limpieza física, jamás ha impuesto al cuerpo el cuidado de purificarse el alma por medio de la ablucion; en cierto modo ha autorizado á la carne, á este sucio vestido del alma, á perseverar en una especie de impenitencia final bajo la relacion de la limpieza. El agua no figura en sus ceremonias sino como un símbolo, y no ha persistido mas que por analogía. Así el bautismo, efusion de algunas gotas de agua sobre la cabeza del neófito, es una conmemoración del bautismo que San Juan daba á los hebreos en las aguas del Jordán antes de la venida del Mesías.

El lavatorio de los pies el Jueves Santo es una repetición de una de las escenas de la vida de Jesucristo, y el obispo que en señal de humildad, lava los pies á doce pobres, se limita á tocarlos con una esponja embebida en un cilindro de oro. Durante la celebración de la misa, la ablucion del sacerdote consiste en humedecerse la estremidad del pulgar y del índice. Tales son con el agua bendita las únicas trazas del agua en el culto católico.

A la civilización, y á la influencia de las mugeres se debe en las clases elevadas el desarrollo del gusto hacia la limpieza; y será un progreso verdadero cuando estas costumbres higiénicas y elegantes se propaguen entre las clases inferiores; lo que la religion ha obtenido

para los pueblos musulmanes, la civilización lo popularizará entre nosotros, es preciso esperar, puesto que un piadoso arzobispo extranjero ha escrito con mas delicadeza que ortodoxia. *La limpieza es casi una virtud.*

Los turcos dan el nombre de *amano* al baño ordinario, ablucion que ejecutan en los baños públicos, en el que entran de todas las sectas, los hombres por la mañana y las mugeres por la tarde.

El baño que con todos sus cortesanos se da Tutchin, rey de la China, el último día del año, es una ablucion santa, lo mismo que la general que en la isla de Siam se verifica en el

mes quinto, y la que los indios lejanos de los ríos hacen lanzándose en pozas hechas expresamente, desde cuyos baños cantan sus oraciones en ciertas épocas del año. No se exceptúan de estas abluciones hasta los idios de los indios, y los habitantes de las costas de Guinea se bañan todos los días al amanecer para que sean protegidos por sus dioses lares, que también sufren baños de agua lustral por mano de sus mismos sacerdotes.

Pasemos ahora á dar cuenta á nuestros lectores de los magníficos baños contruidos por las dos naciones mas grandes y poderosas de la antigüedad, para ir descendiendo gradualmente hasta nosotros.

Los griegos de los tiempos heroicos se bañaban en los ríos y en las fuentes y dedicaban sus termas ó baños calientes solo á la vigorización del cuerpo. En la época de Homero ya era conocido el uso de las termas, pero destinadas únicamente á las mugeres y á los



Baños de Cestona.



Baños de Panticosa.



ancianos, pues la juventud solo hizo uso de ellas cuando se relajaron las costumbres y se entregaron á la vida muelle y al placer mas desenfrenado.

Si hemos de dar crédito á Teócrito, dice que queriendo los espartanos dar á las mugeres el mismo valor del hombre, las educaban varonilmente en los gimnasios y las obligaban á que se bañasen todos los días, porque los baños en estos pueblos eran diarios. Los lacedemonios, que no se bañaban por mero placer, sino por limpieza, solamente se lavaban el cuerpo sumergiéndose completamente desnudos en el río Eurotas. Los baños de Alejandro el Grande en Atenas y los de Pericles, han sido repetidas veces mencionados por su extraordinaria magnificencia; y los romanos, fieles imitadores en todo de las costumbres griegas, no solamente copiaron á los griegos en este particular, sino que escudieron á sus modelos en lujo y suntuosidad. Edificaron mas de 800 termas, y Agripa mandó construir 170 para el público.

Los primitivos se bañaban en el Tiber, hasta que el lujo introdujo los baños dentro de la población. El baño llegó á ser tambien un objeto de adulación empleado por los magnates que querian tener al pueblo de su parte en ciertas circunstancias políticas y sociales, y hasta la época de Pompeyo no puede decirse que adquiriesen los baños aquella suntuosidad y magnificencia que á cada paso refiere la historia. Parece ser que Mecenas fué el primero que edificó en Roma un baño público, hasta que poco á poco se fueron construyendo en todos los barrios, y los hubo tan vastos, que en algunos podían bañarse á un tiempo hasta 8,000 personas; tal vez parezca exageración lo que apuntamos, pero basta contemplar detenidamente las ruinas de las termas de Tito, Caracalla y Diocleciano, para comprobar la exactitud de nuestro aserto.

En un principio habia en Roma baños para los hombres y baños para las mugeres, pero despues Cómodo dió permiso para que se bañasen juntos los hombres y las mugeres; mas en tiempo del emperador Severo se dió una orden contraria por respetos á la moral. Durante el baño se solian recitar poemas, cantares, himnos marciales, escogiendo este momento los poetas y los escritores para pensar en sus respectivas composiciones, pues generalmente el baño se tomaba con mucho reposo.

Para dar una idea descriptiva de estas termas, trasladamos á continuación lo que dice un respetable anticuario de nuestros tiempos, que se ha ocupado con notable aprovechamiento de este y otros usos pertenecientes á la antigüedad.

«Delante de la pieza de las pilas, dice, habia un salon ó pórtico llamado *scola*, donde esperaban unos mientras otros se bañaban; á esta pieza seguia la llamada *spoliatoria*, que era donde se desnudaban y dejaban sus vestidos. En seguida estaba el sitio del baño, que era un gran vaso ó vasos movibles de plata, bronce, cobre, madera ó piedra, denominado *labrum* ó *salicum* por los romanos, y *pijetos* por los griegos; en la misma pieza habia un estanque construido de mármol, piedra ó ladrillo, al que se bajaba por una escalerilla, y en el cual habia asientos de fábrica dentro del agua para poder tomar el baño sentados. Por lo comun las piezas de baños estaban adornadas con bellísimas estatuas y cuadros de los mas famosos pintores, y adornos tan magníficos y caprichosos como sorprendentes. En la pieza inmediata á los baños se hallaba la sala de los vasos, en la que habia tres grandes cubas: una de agua caliente, otra de agua fria y otra de tibia, y los que se bañaban se servían á su placer, como hoy en nuestros baños, del agua en el grado que la apetecían. El suelo de los estanques ó baños pú-

blicos y particulares era ó de vidrio ó de mármol de colores, como dice Bacio se observó en las termas de Cómodo y de Antonio. Tambien habia cerca del baño una pieza redonda que recibia la luz por arriba, en donde se hallaba la estufa para los que querian baños de vapor antes de los del agua, pues habia baños divididos en tres aposentos, á saber: uno para escitar el sudor, otro de agua tibia y otro de agua fria (1); otra pieza habia cerca de la de los baños, llamada *cleitessio* ó *vuesfaria*, en la cual, esclavos llamados *alíptes*, untaban á los que salian del baño con aceites perfu-

misas de lienzo hasta los últimos tiempos, era preciso se lavasen á menudo para limpiar bien el cuerpo de la grasa que criaba con los vestidos de lana.»

Los esclavos eran, tanto en Roma como en Grecia, los que ejercian el cargo de bañeros.

España tuvo famosas termas en tiempo de la dominación romana, de lo que puede dar un palpable ejemplo las ruinas de Emerita, Itálica, Tarraco y otras ciudades antiguas. Pero nunca hubo en España tanta ostentación en los baños como en tiempo de los árabes. El gusto oriental en estas residencias

de deleite, sobresalió en Toledo y en las principales capitales de Andalucía. Los baños construidos en Toledo por Abderramen para el recreo de su querida Zehera, dice Ben-Boltaf que los menciona que «Sustentaban la pila de plata en que se bañaba la hermosa Zehera treinta columnitas de pórfido, y que rodeaban el baño sesenta vasos de oro de gran magnitud, donde estaban los perfumes con que veinte bellas esclavas lavaban á su señora.»

En nuestros dias los baños van adquiriendo una importancia incomparable. Es preciso decir algo acerca de los gozes que experimentan hoy con las aguas termales las personas que no poseen, ni aun lo que se llamaba hace cincuenta años, una mediana fortuna.

El incontestable bienestar de la vida ociosa y tranquila que se experimenta en los baños termales, las relaciones amistosas que se establecen entre los forasteros y los estrangeros, presentan una especie de dichosa transformación en nuestras costumbres sociales y en nuestra política y benevolencia. Esta transformación es una de las cosas actuales mas interesantes de estudio, para seguir las en su desarrollo y en sus progresos.

Otra transformación, no menos importante, se observa en la organización de los medios de bienestar de la vida usual. Las mejoras adquiridas, durante estos últimos años sobre todo, atestiguan la actividad extraordinaria, que se ha practicado, si así puede decirse, para hacer gozar de este bienestar real á las clases medianas de todos los paises, hasta hoy esentas del movimiento que conducía á las familias ricas hacia los lugares de recreo, de fiesta y de distracción, que se llama las aguas y los baños de mar. Y efectivamente, la clase media en general, es la que saca mas partido de las mejoras obtenidas para la industria y la persistencia activa de los dueños de las casas de baños situadas en sitios termales.

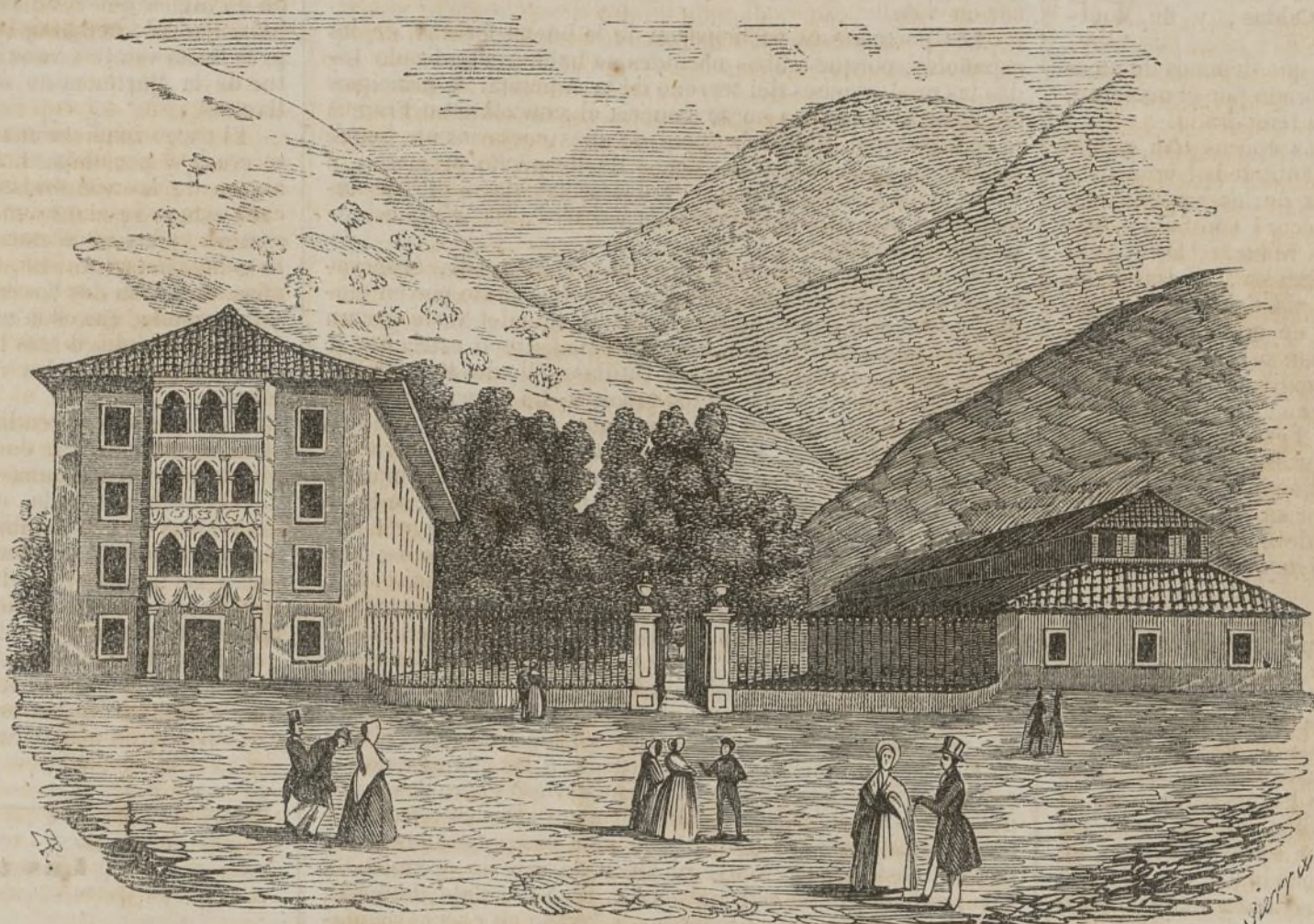
Si nos trasladamos á los paises estrangeros, si visitamos, por ejemplo, la Alemania y la Suiza, nos sorprenderemos al ver la construcción y el lujo de las casas de baños. En Francia sigue el mismo movimiento de mejora. Ciertas casas de baños tienen todo el aspecto de un verdadero palacio.

En los Pirineos, en los Vosges, en el Delinado y en Auvernia, los establecimientos termales han llegado á un grado fabuloso de lujo y ostentación. De dia en dia el bienestar de la vida tranquila ociosa se estiende y se generaliza en favor del mayor número de personas posibles. Sin salir del establecimiento se encuentra un salon de reunión, salas de juego, libros, periódicos, música, y mil cosas que constituyen el recreo de una vida encantadora.

En honor de los establecimientos termales y de su influencia, apresurémonos á decir que los enfermos que pueden pasearse por estos parages, regresan á sus casas aliviados y encantados de haber tomado los baños.

Preciso será decir algo respecto á la conveniencia de los baños minerales, y el número de manantiales que de este género existen en España.

Nuestro pais es tambien en esta parte mucho mas rico de lo que generalmente se cree, siendo lástima que no bene-



Baños de Arechavaleta.



Baños de la Isabela y baños de Sacedon.

los romanos antiguos, pues no estando en uso el lino ó ca-

(1) Estos baños, llamados por los griegos *pyriaxera* y por los romanos *sudatio arsa* ó *calor siccus*, consistían en calentar el agua para producir el vapor con hierro hecho ascua ó piedras sumamente calientes.



Baños de Viesgo en el valle de Toranzo.



Baños de Ontaneda en el valle de Toranzo.



fieje con mas asiduidad sus numerosas y preciosas minas de salud. Se cuentan ciento doce manantiales principales y mas conocidos; sesenta y dos termales ó calientes y cincuenta frios. El total de los que existen pasa de ochocientos, y se acercan tal vez á los mil.

Entre estas aguas las hay sulfurosas en gran número, como Alhama en Granada, Archena, Ardales, Bejar, Cortegada, Grabalos, Ledesma, Tiernas, Puda, etc.; —ácidas, como las de Alange, Alhama en Aragon, Puertollano, etc.; —feruginosas, como las de Panticosa, Espluga del Francoli, Aliseda, etc.; —y salinas, como las de Arnedillo, Aranjuez, Gestona, Fitero, Sacedon, Trillo, Caldas, y de Montbuy, etc., etc.

Todos estos establecimientos y otros que dejamos de mencionar, tienen un médico director nombrado por el gobierno, y que reside en el manantial durante la temporada.

Los manantiales medicinales en todas épocas han estado bajo la inspeccion del gobierno. En la antigüedad eran propiedades publicas que la magnificencia de los emperadores romanos, como ya lo hemos dicho, decoró con todo el lujo de las artes. Despues de la civilizacion romana, los bárbaros destruyeron las termas de toda Europa, arrasaron los monumentos, cegaron los manantiales, y á duras penas quedaron algunas fuentes, que al amparo de una ermita ó bajo la advocacion de algun santo, atraian á los fieles por las curaciones milagrosas que se las atribuia. Pasaron aquellos tiempos, y hace ya mas de dos siglos, que han vuelto á llamar la atencion las fuentes minerales del reino, y sucesivamente el gobierno ha ido atendiendo mas ó menos á este importante asunto. Los médicos por su parte, han estudiado las aguas principales, y á contar desde el tiempo de los árabes, son muchos los que han consignado el fruto de sus trabajos en curiosas memorias.

Algo se ha hecho, pues; pero muchas son todavia las exigencias higiénico-públicas que restan por satisfacer.

El gobierno debe, en primer lugar, disponer que en las facultades de medicina se haga un estudio particular de las aguas minerales, y al efecto, no seria inoportuno, que los médicos directores de baños diesen algun cursillo especial sobre las virtudes y el modo de administracion de las aguas de su respectivo cargo. «Es digno de llorarse (decia en su tiempo el doctor don Antonio Capdevila), el ver como los médicos mandan á los enfermos á tomar aguas minerales sin tener conocimiento de ellas. Lo que sucede es, que muchos mueren, otros se empeoran, y algunos tienen algun alivio, ó se curan, es mas por la casualidad que por direccion de los médicos, pues mandan estas sin tener idea clara y distinta de su naturaleza y virtudes. Con esta pequeña obra se evitará todo esto, comentándola los que cuidan de la enseñanza pública, examinando en tiempo de feriados las fuentes minerales cercanas á las universidades; los discípulos bien instruidos, cuando van á perder el tiempo estando en sus patrias, podrian recrearse con el examen de las fuentes minerales, y recoger las plantas, y así lograrían el conocimiento de los mejores remedios de la medicina, que son plantas y aguas minerales.»

En Estremadura hay tambien baños termales que se recomiendan mucho por sus saludables efectos. Hay un manantial de aguas sulfurosas que existe en el pueblo de Baños, provincia de Cáceres. Este manantial hasta el último tercio del siglo XVIII, era mas bien un pilon informe, sin cobertizo, y casi sin uso, á pesar de que en tiempo de los romanos eran ya famosos, y en ellos se bañaban sus legiones, segun se infiere de las grandes albercas, cuyas reliquias y vestigios se encontraron en 1842. En este año tomó el establecimiento nueva forma, dándole algun ensanche, y completando la realizacion del plan que habia concebido en su tiempo el ilustrísimo señor don Francisco de Porras y Atienza, obispo de Coria. El edificio actual tiene treinta y cuatro varas de largo, sobre veinte de ancho y diez de alto. Dentro de él se encuentra el manantial de agua termal, y á su lado otro de agua fria á la temperatura ordinaria. Contiene diez y siete baños; cuatro de ellos llamados generales, cuatro particulares, y nueve llamados de preferencia, que son los que están en las habitaciones particulares y con su puerta correspondiente.

Estas aguas han sido poco estudiadas; sábase únicamente, ó mas bien se conjetura, que las sustancias que las mineralizan son el gas ácido-sulfúrico, el carbónico, el hidrocloreto de sosa, carbonato de cal, carbonato de hierro, etc. Su grado de calor sube hasta los 55° de la escala de Reaumur.

La reputacion de estos baños para todos los casos en que se hallan indicadas las aguas sulfurosas es inmensa. No obstante la inseguridad y mal estado de los caminos, se bañan anualmente unos mil doscientos enfermos, que acuden de Badajoz, Mérida, Trujillo, Talavera de la Reina, Cáceres, Plasencia, Don Benito, Madrid, Coria, Salamanca, y aun de Avila y Valladolid.

Esta concurrencia es tanto mas notable, singularmente respecto de la que va de los tres últimos puntos que acabamos de citar, cuanto que están próximos á ellos los baños de Ledesma, que disfrutan de no menos reputacion.

Terminaremos diciendo, que en nuestros tiempos, los baños, no solamente tienden á la salud de los enfermos, sino que son tambien un objeto de placer, segun pueden atestiguar con nosotros los que concurren periódicamente á Gestona, Arechavalea y Santa Agueda y á las deliciosas playas de San Sebastian, Deva, Zarauz, Portugalete, Valencia y Puerto Real.

### Historia del chocolate.

El chocolate es un regalo del Nuevo Mundo. Chocolate en la lengua de los antiguos mejicanos significa *agua de cacao* (de *choco*, cacao, y *late*, agua). Cacao es el nombre de la fruta de un árbol que los compañeros de Hernán-Cortés encontraron en la provincia de Guatemala. Lineo conservó ese nombre, haciéndole preceder, para indicar el género, de la definicion misma de la ambrosia: *theobroma*, es decir, alimento de los dioses (del griego *theos*, Dios, y *broma*, alimento.)

Largo tiempo antes de la llegada de Cortés, los súbditos de Motezuma hacian ya uso del chocolate. Pero los españoles fueron los primeros europeos que probaron el agua de choco preparada por los mejicanos, y les pareció tan buena que conservaron el secreto. Durante todo el siglo XVI, solo se tomaba chocolate en la corte de Madrid y en casa de los grandes. Carlos V y Felipe II fueron muy parcos en regalar algunas jcaras de él á los demas soberanos, sus amigos y primos. Segun una opinion bastante difundida, al abuso del chocolate debe atribuirse la negra melancolia que impelió al rival de Francisco I á tenderse en el atahud ó féretro que mandó hacer en vida.

Los portugueses participaron de la buena fortuna de los españoles, porque ambas naciones se habian adjudicado todas las producciones del terreno de la America. A principios del siglo XVII todavia no se conocia el chocolate en Francia ni en Inglaterra. Habiendo apresado unos corsarios un buque español cargado de cacao, llenos de desecho arrojaron al mar aquella mercancía que les era desconocida, á la cual llamaban en mal español *cacura de carnero*, basura ó excremento de ovejas.

Si echamos una mirada sobre el mapa-mundi, observaremos que el Nuevo Continente se estrecha tanto por un medio, que el Sud parece separado únicamente del Norte por un hilo, el istmo de Panamá. Este encogimiento ó estrechez le forma un vasto golfo (una de las Antillas, golfo de Méjico), cuyas aguas calienta el sol de los trópicos. La tierra firme que rodea aquel golfo al Sud y al Sudeste, y que comprende á Guatemala, Caracas, Colombia y la Guayana hasta el rio de las Amazonas, es la patria del árbol del cacao. Toda aquella costa, llena de cortaduras por catástrofes planetarias, se halla sin cesar atormentada por sacudimientos electro-magnéticos, por temblores de tierra y otros fenómenos volcánicos; una espesa capa de humus cubre trozos enormes de granito. Las aguas que la bañan son seis grados mas calientes que las del Océano, debajo del mismo paralelo, y esa diferencia de temperatura da origen á una inmensa corriente, el *Gulfstream*. Este rio marino sale del golfo de Méjico con una velocidad de cerca de dos leguas por hora: atraviesa el Atlántico, va siempre ensanchándose, y va á concluir en las brumosas playas de las islas Británicas y de la Noruega, á las cuales calienta con un último soplo tropical; lazo misterioso entre dos mundos, que por tanto tiempo han permanecido desconocidos é ignorados el uno para el otro. ¡Cuántas cosas estrañas pasan en la atmósfera que circuye el alveo de ese rio oceánico!... Una temperatura en extremo activa, un aire calido, húmedo, agitado por huracanes espantosos y lavado en épocas regulares por lluvias diluvianas, todas esas condiciones reunidas que ningun artificio podria imitar, conservan una vegetacion vigorosa, permanente, sin tregua y sin invierno.

Allí es en donde el árbol del cacao adquiere todo su desarrollo. En nuestros vergeles es una planta raquítica que no produce mas que hojas, no le adorna ninguna flor ni ningun fruto, y todo revela el padecimiento de un ser fuera de su pais y de su terreno.

En la division del reino vegetal por familias naturales, el árbol que nos suministra el chocolate ocupa un lugar al lado del que nos da el algodón, y cerca de nuestras malvas, tan útiles en la medicina. La corteza de su tallo es de un pardo acanelado; las hojas nuevas forman un contraste agradable con el verde oscuro de las antiguas, y son ovales y elípticas con bordes enteros. Las flores no exhalan olor, y son de muy poca apariencia; los pedúnculos que las llevan están dispuestos como pequeños paquetes sobre las ramas desnudas, y con frecuencia sobre el tronco. Cada flor se compone de un cáliz rosa con cinco divisiones, y de una corola con cinco pétalos amarillentos, marcados en la base con una mancha de color purpúreo. Los estambres, en número de diez, con filetes de color rosado, están pegados ó adheridos á un tubo que protege el ovario, y solo cinco de aquellos estambres están provistos de una bolsita de polvo fecundante; los restantes, un poco mas largos, son estériles. Su fruto, que es lo que mas debe interesarnos, es una capsula amarillenta del tamaño y forma de un cohombro pequeño, pero menos prolongada y mas ovoídea, con diez lados salientes, y dividida en lo interior por cinco paredes ó separaciones membranosas que constituyen otras tantas celdillas. Los granos, apretados unos contra otros en cada celdilla, están adheridos á los ángulos interiores de los tabiques. Estos granos, mas ó menos angulosos, semejantes á unas almendras, son conocidos con el nombre de *habas de cacao*; contienen una pulpa untuosa, pardusca, susceptible de fermentar, que se endurece con el tiempo, y de un olor y sabor desagradable: esta es la base del chocolate. El principio graso, mantecoso, ha recibido el nombre de *manteca de cacao*.

Los caracteres que acabamos de indicar se aplican exclusivamente á la especie tipo, la *theobroma cacao* de Lineo. El célebre botánico Martius, cuenta una media docena de otras especies, cuyos granos pueden servir igualmente para la fabricacion del chocolate. Las encontró en las inmediaciones del rio de las Amazonas, hasta los 12° de latitud meridional. Aublet nos dice que los granos del *cacao guyanensis* se recolectan cerca de Cayena. Los señores Humboldt y Bonpland son los primeros que han dado á conocer el *theobroma bicolor* que se cultiva en Colombia. Pero todas esas especies dan un producto de calidad inferior. Los cacaos de Méjico son los mas apreciados, y rara vez se encuentran en el comercio, porque se consumen en el mismo pais.

Segun algunos autores, el cacao que los españoles despues de la conquista de Méjico encontraron en Nicaragua, ese paraíso de Mahoma, no es nuestro árbol del cacao, sino una especie que se le aproxima. Nos parece que esta asercion carece de importancia y de fundamento. La descripcion que de él hacen los autores contemporáneos, y la figura que de él nos han dado Delaët, Olaus, Wormius y Dufous, se refieren bastante bastante bien al *theobroma cacao*.

José Acosta, que en 1590 publicó una *Historia natural y moral de las Indias*, refiere que «los granos del cacao servian tambien de moneda corriente á los mejicanos; pero su principal uso, añade, es el de hacer con ellos un breverage que aprecian mucho, y que ofrecen á los huéspedes y estrangeros á quienes quieren obsequiar. Este breverage gusta mucho á los españoles, y sus señoras le encuentran sumamente delicado.»

Los americanos distinguian tres especies de cacao, segun el tamaño del grano; la mayor se llamaba *cacahuahuac*.

*huite*, y la mas pequeña *tlalcacahuahuac*. Estos nombres pueden dar una idea del antiguo idioma mejicano.

Es necesario observar que el árbol del cacao, indigena de la region que rodea el mar de las Antillas, fué introducido únicamente por los europeos en las islas de que se halla sembrado aquel mar. Este hecho de geografia botánica no debe pasar desapercibido en la apreciacion de la historia tan oscura de esos aborígenes ó habitantes naturales, que solo deben su destruccion á su falta de union. En 1641 no se conocia todavia en las islas del Viento (Antillas), mas que un solo árbol de cacao, que enseñaban como una curiosidad en el jardín de un inglés que residia en la isla de Santa Cruz. En 1660, un judío llamado Benjamin, hizo allí el primer plantio de cacao; pero hasta veinte ó veinte y cinco años despues, los habitantes de la Martinica no se dedicaron á este cultivo productivo.

El cacao requiere una tierra ligera, nueva, medianamente crasa y profunda. Los terrenos situados en los valles al abrigo de los vientos son los que mas le convienen. Entre cada estaca se planta un banano para que la proteja con su sombra, y los mejicanos en su lenguaje poético le llamaban *la madre del cacao*. El árbol no produce bien hasta los cinco años. Se hacen dos cosechas: la primera en el mes de junio, y la segunda, que es la mejor, en el de diciembre. Cada planta suministra dos ó tres libras de almendras secas, sin contar las que consumen las ratas, que son muy aficionadas á ellas.

Los europeos aprendieron de los mejicanos á mezclar con el cacao aromas para darle mejor gusto, para lo cual se emplea la vainilla y algunas especias. Mas tarde se le fué añadiendo azúcar, canela, clavo, anís, nuez moscada, etc. Estas aromas tienen tambien una ventaja higiénica: hacen la materia crasa y nutritiva del cacao mas fácil de digerir, é impiden las náuseas que el chocolate causa á ciertas personas. Por ironía sin duda suelen llamar *chocolate de salud* al que no está aromatizado.

El uso del chocolate, limitado á España y Portugal durante casi todo el siglo XVI, llegó de repente á ser, desde 1640, muy comun en los demas paises de Europa. En la misma época comenzaron á introducirse en Francia el té y el café.

### Las tres pruebas.

Se necesita no ser de la parroquia, para no conocer la hermosa colina que se halla á algunas millas de Knockdown, ciudad famosa á que solo faltan casas y habitantes, para igualar en importancia á la gran ciudad de Dublin. Al pie de aquel cerrillo, y debajo de un peñasco tamaño por sí solo como media docena de iglesias, se hallaba cómodamente situada la pequeña cabaña de Nancy Magennis, con su magnífico penacho de humo, y con su *corrag* ó haz de leña monstruoso, colocado de centinela en un rincon de la puerta, con la consigna de impedir la entrada al viento.

Esa pequeña habitacion era bastante decente en su género y otro tanto y aun algo mas podia decirse de Nancy: porque aunque viuda y pobre, era muy puntual en pagar las mesadas de la escuela de su hijo Jack. Este hacia progresos muy rápidos, y en cuanto á saltar, jugar á la pelota, y armar camorra, no tenia igual en los cuatro ángulos de la parroquia. Sabia manejar la azada y la hoz, y lo que valia todavia mas, era tierno y generoso para con su anciana madre, y no la dejaba carecer de nada. Antes de marchar por la mañana al trabajo, jamás omitia el ir á un manantial que brotaba del peñasco, y llenar un cantaro de su cristalina agua, para las necesidades del día: jamás se le olvidaba tomar un buen pedazo de turba del montoncito cubierto con cañas, que habia enfrente de la puerta, y ponerle en un rincon al lado del fuego: por manera, que cuando la hacia falta no tenia necesidad de levantarse, sino alargar el brazo.

En compensacion, Nancy procuraba que Jack estuviese siempre muy limpio: su ropa interior era de lienzo grueso, pero sumamente blanco: sus vestidos de los dias de trabajo, estaban bien remendados, y la primera vez que se vio obligado á ponerse su vestido nuevo para trabajar, Nancy le cosió en las dos mangas un pedazo de paño viejo para impedir que se rozasen; de modo, que cuando se le descosia el sábado, parecia que le acababa de estrenar.

En el invierno, cuando Jack volvia por la noche á su casa, hubiera alegrado el corazon á cualquiera el ver á Nancy, sentada á su torno, cantando junto á la chimenea en donde ardía una buena leña, con la que se cocía una olla de patatas para cenar, y cuya llama hacia brillar las jarras y demas vasijas de barro que estaban colgadas en la pared. Enfrente del hogar se hallaba el banco de Jack aguardando su regreso, y al otro lado un gato pardo pasándose la mano para limpiarse, ó roncando junto á un perro dormido, y mirando á Nancy por intervalos, con los ojos medio cerrados, como diciéndola: «Nancy, si puedes, busca dos seres mas felices que nosotros.»

Tranquilo sobre los palos de la puerta reposaban el gallo Dickey, y media docena de gallinas, que les suministraban huevos durante la mayor parte del año; sin contar la venta de dos ó tres polladas cada primavera, que la permitia á Nancy comprar lana para la ropa de Jack, y para su saya gris, y su jubon de rayas encarnadas y azules.

En una palabra, no era fácil encontrar una familia mas bien arreglada; porque Jack habia tenido siempre muy buen gusto. Se hubiera abochornado de ver á su madre con un vestido malo, ó un agujero en su vestido de los dias de fiesta: en vez de irse á la taberna á gastarse sus ahorros, para comerse luego sus patatas á secas, procuraba tener algo para freirlas: así que no solamente iba bien vestido los domingos, sino que comia perfectamente, y estaba gordo y colorado de modo que con la punta de una caña se le podia sacar sangre de los carrillos. Ademas, en toda la parroquia habia un mozo de mas gallardia ni de mejor presencia: sabia una porcion de canciones é historias que hacian reir, y cuando habia algun baile ó velada en las inmediaciones, las mejores muchachas le dirigian cariñosas miradas.

Así vivian Jack y su madre dichosos como unos príncipes, y solo de cuando en cuando turbaba la apacible calma



de Jack el pensamiento de que no podía ir formando un fondo para el mal tiempo, ó para casarse: porque ya había ocupado su mente aquella idea; y por qué no había de pensar en ello? Pero era demasiado prudente, y no quería, como otros muchos, establecerse en su casa, sin poder poner á cubierto de la miseria á su esposa y á sus hijos.

Una noche en que estaba helando, en que la luna esparcía sobre la tierra toda su luz, y las estrellas centelleaban de modo que daba gozo mirarlas, atravesaba Jack un pantano, separado de su casita por dos ó tres heredades: murmuraba una cancioncita, pero al mismo tiempo iba pensando en que era muy duro, durísimo, el no poder economizar nada para casarse, cuando al bajar un cerrillo que había en medio del pantano, vió un hombre de aspecto sombrío, apoyado en un montón de turba, y un perro negro, con una pipa en la boca, fumando con la misma gravedad que un juez. Jack no carecía de valor porque tenía la conciencia limpia, y aunque se quedó un poco estupefacto no se intimidó mucho. ¿Quién va? dijo el hombre desconocido. —Es Jack Magennis, respondió el perro: y se quitó la pipa de la boca con la pata derecha, sopló dentro de ella para arrojar la ceniza, y frotó la punta en su pierna izquierda, como pudiera hacerlo un cristiano en su manga, y luego se la dio á su compañero. —Es Jack Magennis, prosiguió el perro, el valiente y honrado hijo de la viuda Magennis. —Precisamente el hombre á quien yo quisiera prestar algún servicio entre mil, respondió el otro. Hola, Jack Magennis, ¿cómo va de salud, hijo mío? Apostaría mil guineas, añadió señalando un grande y abultado talego que tenía á su lado, que no es la décima parte de lo que se contiene ahí dentro, apostaría, Jack, que os va á suceder algo bueno esta noche.

—Y Dios quisiera que jamás os suceda nada peor, buen hombre, dijo el perro meneando la cola, y alargando la pata como para dar la mano á Jack.

—Señores, dijo Jack, no cuidándose de dar la mano al perro, estais ahí sentados muy lejos de la lumbre, y la noche es en extremo fría.

—Es verdad á fe mía, Jack, contestó el hombre; pero si nos hallamos lejos del fuego, estamos cerca de lo que le proporciona, camarada. Y diciendo estas palabras, tiró hacia sí el talego de oro, para que por su sonido pudiese Jack calcular lo que contenía.

—Jack, dijo el del aspecto sombrío, hay unos que nacen con una cuchara de plata en la boca, y otros con una de madera; y si queréis sentaros enfrente de mí, y jugar una partida, y sacó del bolsillo una baraja, tendreis con que vivir el resto de vuestros días.

—Señor, dijo Jack, con todo el respeto que á vos debo y á ese mastín, quiero decir, (añadió por no ofender al perro), á vos y ese caballero que tiene cola y patas, teneis sobre mí la ventaja de saber mi nombre, porque si no me engaño, continuó echando mano á su gorra, jamás he tenido el gusto de veros á uno ni á otro.

—No os ocupeis de eso, dijo el perro, volviendo á tomar la pipa y á colocársela en la boca; os queremos bien, y si no llegais á ser rico no será por culpa nuestra.

Jack empezaba á creer que podían muy bien tener deseos de hacerle feliz, porque muchas veces había oído hablar de gentes enriquecidas por hadas, y de tal modo, que jamás les fué posible el agotar su bolsa.

—Jack, dijo el hombre negro, por mi honor haríais muy bien en pillar la pelota al vuelo, si no queréis trabajar toda vuestra vida y morir en la miseria.

—Dice la verdad, á fe mía, replicó el perro á su vez: esta es la ocasión, y si la dejais perder os arrepentireis cuando ya no haya remedio.

—¿Y qué es necesario hacer, contestó Jack para llegar á ser rico de pronto?

—Una cosa muy sencilla: sentaros y jugar conmigo una partida, dijo el hombre del semblante adusto: ya veis que eso no es nada.

—¿Y qué hemos de jugar? respondió Jack, porque no tengo ni una blanca.

—Os teneis á vos mismo, replicó el perro poniendo una de sus manos sobre su nariz y haciendo un guiño con los ojos á Jack; os teneis á vos mismo: ¡un poco de valor!... se jugará todo lo que contiene esa talega: y el viejo truhan volvió á sacudir el saco para que sonasen las guineas: aquí dentro hay mil monedas de oro: si gana, debéis servirle un año y un día, y si pierde os llevais el saco.

—¿Y el dinero que está dentro?... dijo Jack, que no estaba dispuesto á que le diesen gato por liebre.

—Hasta el último maravilla, respondió el viejo: pueden apostarse cincuenta contra uno á que ganareis.

El perro se quitó la pipa de la boca, y se reía con tanta gana al ver las codiciosas disposiciones de Jack, que le acometió un violento acceso de tos; pero había en su alegría cierta cosa que Jack no podía penetrar bien. Sea como quiera, los dos se dieron tan buena traza para convencer á Jack, que concluyó por consentir. —Pues bien, dijo rascándose la cabeza; lo peor que me puede suceder, es perder: probemos fortuna siquiera una vez.

—Estamos de acuerdo, dijo el hombre del semblante ceñudo al hechar la primera carta, en que si perdeis, me habeis de servir un año y un día, y si ganais será vuestro todo el dinero de este saco.

—Así es efectivamente, respondió Jack; y al decir estas palabras observó que el perro se quitaba la pipa de la boca y volvía la cabeza para que no le viese ahogarse de risa. En fin, cuando recobró su seriedad, miró á Jack y le dijo: «Si, seguramente, y por mi honor, podreis construir palacios en el aire: tan extraordinariamente rico sereis...»

Aquellas palabras infundieron á Jack un poco de valor, y pusieron manos á la obra: ¿pero podía Jack menos de perder entre semejantes camastrones y bellacos? Porque figuras que en el momento en que comenzaba la partida, el perro le hizo seña con el ojo, y volvió á poner su mano sobre la nariz, como para decirle: «Miradme bien y ganareis.» Luego se volvió, y enseñó á Jack un espejito que tenía debajo del sobaco, en el cual Jack, á pesar de la oscuridad, vió, ó creyó ver, las cartas de su adversario, por manera que estaba seguro de vencerle. Pero eran unos verdaderos bribones, como es fácil presumir, porque Jack, consultando el espejo mas que las cartas, perdió la partida y el dinero. En resumen, vió que había sido robado, y concluido el juego, no tuvo inconveniente en decirlo.

—¿Cómo, canalla, le dijo el hombre negro asiéndole por el cuello de la chaqueta, te atreves á insultar mi honor?....

—Castigadle si habla una palabra mas, dijo el perro acudiendo en dos pies, y amenazando con su mano las narices de Jack: con lo cual el viejo le volvió á dar otra sacudida.

—No os culpo tanto á vos, añadió Jack, como á ese perro que me ha engañado con su espejo.

—¿Qué espejo?

—Pardiez... el que he visto debajo de su sobaco.

—Debajo de mi sobaco, estafador infame... respondió el perro tirándole del cuello por el otro lado; jamás han oído cosa semejante dos hombres honrados. Pero este, lo que quiere es faltar al empeño que ha contraído: y así, para que no vuelva á hacer fullerias con nadie, trasformémosle en asno. Dichas aquellas palabras, el hombre del aspecto sombrío estendió las manos sobre la cabeza de Jack, é instantáneamente le salieron orejas de asno. Cuando Jack vió aquello, comprendió que no se hallaba en buenas manos, y juzgó prudente salir del apuro del mejor modo posible.

—Señores, dijo, tranquilizaos y entendámonos; consiento con mucho gusto en servirlos un año y un día, pero tengo que haceros una súplica y es la siguiente: tengo en mi casa una madre anciana, y si me voy con vosotros ahora morirá de pesadumbre y de hambre. Pero si vuestro honor me concede un año para trabajar de firme y reunir con que sostenerla durante mi ausencia, entones os serviré con toda mi voluntad, porque mi convenio es convenio.

Con esto el perro tiró á su compañero de la manga, y después de un coloquio del que Jack no oyó una palabra, volvieron y le dijeron que accedían á su petición. Así, pues, de mañana en un año, dijo el hombre de aspecto siniestro, el perro que veis aquí se presentará en casa de vuestra madre, y si le seguís os conducirá sano y salvo á mi palacio.

—Muy bien, respondió Jack; pero como los perros se asemejan tanto, ¿de qué modo le he de conocer cuando llegue?

—Llevará una cinta verde alrededor del cuello, y un par de botas á lo Wellington en las patas.

—Basta, dijo Jack; con ese traje no puedo desconocerle y estaré pronto; pero si no os viniere mal, señores, preferiría el volver á mi casa sin esto, y señaló el hermoso par de orejas de asno con que se hallaba adornado.

Consintieron en ello sin grande dificultad, y aquel año Jack trabajó noche y día para poder dejar á su pobre madre con que poder subsistir en su ausencia, y cuando llegó la mañana del día en que debía decirle adios, se hincó de rodillas delante de ella y la pidió su bendición. Luego la dejó con lágrimas en los ojos, y la prometió volver en cuanto cumplierse el tiempo de su contrato.

Su madre le llenó los bolsillos de pan, le deseó ventura y prosperidad, y cuando ya había tomado su báculo y estaba preparado para marchar, vió llegar á su antiguo amigo el perro con la cinta verde al cuello y las botas á lo Wellington en las patas. No quiso entrar y aguardaba afuera á que Jack saliese. Pusieronse en marcha, pero nadie sabía cuánto tenían que caminar para llegar al palacio del hombre del semblante ceñudo, quien se alegró mucho de ver á Jack, y le dispuso una acogida muy cordial.

Al día siguiente, en consideración al cansancio del camino no le mandó hacer nada, mas por la noche el viejo le llevó á un salón largo y espantoso, en donde había trescientos sesenta y cinco garfios clavados en la pared, y en cada uno de ellos una cabeza humana, excepto en uno solo. Con tan agradable vista comenzó á revolverse la comida á Jack; pero se sintió todavía peor cuando su amo le enseñó el garfio vacío y le dijo:

—Jack, vuestra tarea para mañana es limpiar una cuadra que no se ha limpiado hace siete años, y si no habeis concluido al anochecer ya veis ese garfio...

—Sí, sí, respondió Jack, que apenas se encontraba en estado de hablar.

—Pues bien, si no habeis concluido antes de oscurecer, vuestra cabeza quedará colgada en ese garfio en cuanto se ponga el sol.

—Muy bien, respondió Jack sin saber lo que decía, pues á no ser así, no habría contestado muy bien á intenciones tan sanguinarias.

—Muy bien, haré cuanto pueda; y es bien sabido que el mas hábil no podría decir mas.

Mientras pasaba esta conversacion entre ellos, Jack dirigió maquinalmente su mirada al otro extremo del salón, y descubrió una muger de las mas lindas que jamás se han visto, y que le miraba por una trampilla ó puertecita abierta en la pared. Su frente igualaba en blancura á la nieve, y los ojos, megillas y dientes no podían compararse con nada; sus cabellos eran de un hermoso color castaño, y caían formando rizos por las sienes. (Temo enamorarme tambien, y por lo mismo no pasaré de aquí). Lo cierto es, que á pesar de cuanto el viejo le había dicho, y á pesar de las cabezas y de los garfios, Jack no podía menos de dirigir de cuando en cuando una mirada á la trampilla; y á decir verdad, si hubiera tenido un nombre ilustre y riquezas, no habría sido fácil encontrar un mozo mas gallardo ni de mas hermosa presencia.

—Ahora, Jack, le dijo su amo, idos á cenar; espero que mañana sabreis cumplir vuestra obligacion; si no, vuela vuestra cabeza.

—Muy bien, volvió á decir Jack rascándose la con perplejidad; haré cuanto me sea posible.

Al día siguiente Jack se levantó antes de salir el sol, y emprendió su tarea con buena voluntad; pero antes de almorzar había decaído de ánimo; y no es extraño, porque el pobre mozo, por cada palada que arrojaba fuera veía aumentarse tres; por manera que su faena, en vez de disminuir, crecía á medida que trabajaba; encontrábase tan embarazado, que no sabiendo ya que hacer comenzó á cantar de despecho y á bailar como un loco en la cuadra, castañeteando al mismo tiempo los dedos. En medio de sus cabriolas, ¿quién creeis que se presentó en la puerta avisándole para que fuese á almorzar? La hermosa jóven que la vispera por la noche le atisbaba por la trampilla. En aquel momento Jack se había acalorado tanto con el baile, que su bello rostro despedía un brillo extraordinario.

—He ahí, le dijo con una dulce sonrisa, un buen modo de desempeñar vuestro trabajo.

—Vos podeis hablar así, respondió Jack; pero yo que deseo pongan mi cabeza en aquel garfio cuando quieran, con tal de poderlos dirigir una mirada de amor...

—¿De dónde habeis venido? le preguntó la jóven con otra sonrisa, todavía mucho mas dulce y espresiva.

—¿De dónde he venido? Muerte de mi vida!... ¿pues qué no habeis oído hablar nunca de la vieja Irlanda, prenda mía? quiero decir, señora mía...

—No, ¿en dónde está ese país?

—Por el honor de un irlandés, que es cosa insufrible no haber oído hablar de la verde Erin, de la esmeralda del Océano, en donde todos los hombres son valientes y honrados, y todas las mugeres, quiero decir, las damas, castas y hermosas!...

—No, jamás he oído hablar; pero si me detengo mas os van á reprender; venid á desayunarnos, y siento mucho que hayais adelantado tan poco en la tarea, porque el amo es hombre que cumple siempre sus amenazas, y si no habeis limpiado la cuadra antes de anochecer, vuestra cabeza no estará mañana sobre los hombros.

—Pues bien, hermosa... quiero decir, señora, si la cuelga en el garfio, hacedme el favor de volverla hacia cierta trampilla, en donde vi cierto hermoso rostro que no quiero nombrar.

—¿Y eso qué quiere decir? preguntó la dama volviéndose como para marcharse.

—Eso quiere decir que vos sois la querida de mi corazón; es decir, la señora de mí...

—¿Pues bien! dijo la encantadora criatura interrumpiéndole: en adelante siempre que me habeis preferido que dijeis á un lado los terminos de ceremonia, y que me llameis á estilo de vuestro país; por ejemplo, en vez de darme tratamiento de señora, me agradaría mas me llamáseis *cushla*... ¿Cómo?...

—*Cushla macree, ma vourneen*, la palpitacion de mi corazón, mi querida, dijo Jack traduciendo con picardía las palabras, por si acaso no las comprendia suficientemente.

—Si, replicó ella, *cushla macree*. Pues bien, mientras puedo pronunciar *cushla macree*, ¿quiereis almorzar? dijo con una sonrisa capaz de arrebatár el corazón de un irlandés. Jack la siguió, pero en cuanto entró ya no la vió, y aunque el pobre muchacho se sentó á la mesa, á fuerza de pensar en ella no pudo comer mas que un par de libras de vaca.

Después de almorzar volvió á emprender su trabajo, creyendo ser mas afortunado; pero se repetía la misma cancion; por cada palada que arrojaba fuera entraban tres, y comenzó á sentir en su corazón alguna cosa que no le agradaba, porque aunque hacia esfuerzos para no pensar en las trescientas sesenta y cuatro cabezas y en el garfio vacío, no se apartaban unas ni otro de su imaginacion. Por último, dejó completamente la faena, y concibió la idea de ausentarse de la casa del viejo por mucho tiempo. Partió, pues, sin aguardar mas y sin despedirse de su amo; pero aun no estaba al extremo del patio cuando se encontró frente á frente con su antiguo amigo el perro, que salía de una perrera.

—Hola, Jack, dijo, vos hui de nuestra compañía segun veo, volved atrás, perillan, y al instante mismo proseguí vuestra tarea, ó si no sereis el que escapareis peor. No os quiero tan mal como en otro tiempo, pues que teneis un amigo que no os sospechais. Haced luego lo que os mandan, y no os aflijais por nada.

Jack se volvió con el corazón oprimido, como es fácil conocer, porque no ignoraba que cuantas veces el perro negro se ponía á halagarle no prometía nada bueno. Entró otra vez en la cuadra, pero no hizo nada, pues sabía que era trabajo perdido.

Acercábase la hora de comer, y Jack estaba muy triste cuando su hermosa querida volvió á presentarse para decirle que fuese á sentarse á la mesa.

—Y bien, Jack, dijo la encantadora criatura con sus hermosos brazos blancos y sus rizos castaños, desordenados por la marcha, ¿avanzais en vuestra tarea?

—¿Si avanzo? dijo Jack asomando de repente á sus labios una sonrisa de buen humor, á fe mía, señora *Cushla macree*, ya está decidida mi suerte!... siempre tengo la misma historia, y esta noche rueda mi cabeza, tan seguro como ahora la tengo sobre mis hombros.

—Seria lástima, Jack, porque hay peores cabezas sobre peores hombros: ¿quiereis darme la pala?

—¿Que si os quiero dar la pala? Seria necesario que fuese un grande animal para hacer semejante cosa. ¿Que *avourneen* *dheelish* permanecería sin hacer nada, y pondría esta pala tan dura en esas suaves y blancas manos! Vos no conoceis al hijo de mi madre si creéis que dejará á una dama como vos quitarle la pala de las manos, y que permanecerá con la boca abierta mirándoos. No, no, yo no soy hombre de esa especie, *avourneen*. No tenemos esos modales en nuestro país.

—Seguid mi consejo, Jack, le dijo, encantada en el fondo de su corazón con su respuesta, aunque no lo manifestaba: dadme la pala y estad seguro de que haré con ella mas en poco tiempo que vos en años.

—Dios mio, *avourneen*, me causa mucha pena el no complaceros, pero no consentiré que se ensucien lo mas mínimo vuestras blancas manos, dijo el truhan alabándola en su cara. Que dispongan en buen hora de mi cabeza... la muerte antes que el deshonor... No hablemos mas de eso, querida, y decid á vuestro padre que voy á comer.

A pesar de todo, la señora no se dejó persuadir con aquellas buenas palabras. Como muger quiso llevar adelante su propósito, y habiéndole dicho que no era su ánimo trabajar con la pala, sino tenerla en la mano un minuto, fué preciso dársela. Dió con ella tres golpes en el umbral de la puerta, y devolviéndosela luego, le dijo que probase lo que podria hacer: entonces hubo un cambio sorprendente, porque en vez de entrar tres paletadas como antes cada vez que arrojaba una fuera, salían con ella otras nueve. Lo menos que Jack pudo hacer, fué el dar, como era justo, las gracias á la amable criatura por su auxilio; mas cuando levantó la cabeza para dirigirla la palabra, ya había desaparecido. Ocioso me parece decir que cuando fué á comer iba con el corazón ligero, y con un excelente apetito: y cuando el viejo le preguntó que como iba la tarea, le contestó que maravillosamente... Acordaos del garfio vacío, Jack, le dijo el viejo. No temais nada respondió Jack, si mi tarea no está concluida, podeis cortarme la cabeza cuando gusteis.

Jack volvió á continuar su trabajo y no tuvo que detenerse mucho tiempo, porque antes de que se pusiera el sol, ya lo había concluido. Se fué á la cocina, cenó, y sentándose en



la chimenea, ó por mejor decir, enfrente de ella, cantó el *Amor entre las rosas*, por incomodar al viejo.

Aquella tarea ya estaba terminada, y su cabeza se había salvado por entonces: mas por la noche, antes de acostarse, le mandó á llamar su amo, le condujo á la sala ensangrentada y le dió órdenes para el día siguiente... Jack, le dijo, tengo una yegua salvaje, que nunca ha podido domarse, y es preciso que mañana me la traigas y coloques en la cuadra que has limpiado hoy; sino lo haces tu cabeza se colgará mañana mismo en ese garfio que ves vacío.

—Está muy bien, contestó Jack con indiferencia; haré cuanto pueda, y sino lo consigo, podré muy poco.

Al día siguiente por la mañana, salió Jack con una cabeza en la mano, en busca de la yegua, y apenas estuvo en el campo, la vió pacer en una pradera. Jack se dirigió hacia ella presentándole su sombrero como si estuviese lleno de avena, pero ocultaba detrás de la espalda la brida, por temor de que se espantase. El animal le dejó que se acercase bastante para creer que no necesitaba mas que echarla el ramal al cuello: pero se había equivocado en su cálculo, pues aunque se llegó á oírla, y anduvo dando vueltas á su alrededor, cuando se arrojó á echarla la mano, partió á todo escape. Jack, la siguió también á la carrera, aunque inútilmente, porque no la pudo alcanzar y le hizo correr de uno en otro campo hasta dejarlo sofocado y sin aliento.

Encontrábase en semejante situación, cuando la hermosa joven fué á llamarle para almorzar, pero con paso tan ligero, que sus pies apenas hollaban la yerba y las florecillas.

—Jack, le dijo, muchotemo que la tarea de hoy sea tan difícil como la de ayer.

—Vos podeis asegurarlo con vuestra linda boca, la respondió, porque aunque estaba ahogándose y jadeando, el picaruelo se complacía en requebrarla.

—Pues bien, Jack, tomad mi consejo y no os fatigéis en seguir á la yegua: vale mas decirlo la verdad: jamás lograis apoderarse de ella. Idos á almorzar y cuando volvais entreteneros aquí como mejor os parezca hasta la hora de comer.

—¡Dios mío! dijo Jack aparentando creer que aquello envolvía la promesa de ayudarlo: solo deseo una cosa; el ser rey, y vive Dios que habéis de ser mi reina...

—Cuidado, Jack, dijo la dama sonriéndose de la sutileza con que procuraba comprometerla: no creo haber prometido ayudaros.

—¿De veras? prosiguió Jack, limpiándose la cara con la manga de su chaqueta, porque en aquel tiempo, todavía no se habían inventado los pañuelos para bolsillos. O soy un idiota, ó esa sonrisa que se asoma á vuestros labios embalsamados, esos ojos radiantes que exaltan y reaniman el corazón, han sido formados para infundir á un pobre mozo la esperanza de un buen proceder por parte vuestra... es decir, si lo podeis hacer sin que os venga daño ni perjuicio, porque se necesitaria ser el hombre mas vil y miserable para aceptar de vos un servicio, que pudiera costaros uno solo de vuestros cabellos de seda.

—Pues bien, dijo la dama con otra sonrisa maligna, de todos modos, yo vendré á buscaros para comer.

Cuando Jack volvió del desayuno, no hizo caso alguno de la yegua: comenzó á pasearse por aquella especie de parque, examinó las avenidas, las calles de árboles, los estanques, en fin, todo lo que merecía la pena de ser visto. Sin embargo, cuando ya fué hora de comer, principió á dirigir sin cesar sus miradas hacia el lado por donde debía llegar la interesante joven, que no se retrasó ni un momento.

—Y bien, Jack, le dijo, no os dejaré por mas tiempo en esa cruel incertidumbre, porque la bondadosa muchacha había observado, por mas esfuerzos que Jack hacia para ocultarlo, que de cuando en cuando pensaba en el garfio vacío y en el salón ensangrentado... Así, pues, Jack, continuó, aunque nada he prometido, vendré en vuestro auxilio... En seguida sacó de su bolsillo un silbatillo de marfil, y apenas silbó tres veces, la indómita yegua vino al alcance de su mano, tan rápida como el viento. Tomó la cabeza, se la puso, y entregó el animal á Jack. —Ahora no tengais miedo, le dijo, porque estará tan mansa como un cordero, y en prueba de ello marchad delante de ella, y vereis como os sigue por todas partes.

Jack la dirigió los mas expresivos cumplimientos, con la gracia que los habitantes de su país tienen para decir galanteos á las damas, y la inocente se marchó sonriéndose como de costumbre.

Cuando Jack llevó la yegua, encontró á su amo con el semblante mas sombrío y adusto que el día anterior: se hallaba sumido en el mayor furor y despecho, porque se había li-songado con la esperanza de colgar la cabeza de Jack en el garfio, y se encontraba con que había contado sin la huespeda. Jack cantó el *Amor entre las rosas* para que recobrase su buen humor.

Jack, le dijo el viejo bandido procurando ponerle buena cara, habéis cumplido dos tareas en sumo grado difíciles, pero ya sabéis que el tercer golpe es el que produce lumbre: estad sobre aviso...

—No os inquietéis, le contestó Jack hablándole con voz firme y con entereza, porque como el perro le había dicho, sabía que tenía un amigo poderoso: de todos modos veamos lo que es.

—Mañana, pues, teneis que alcanzar un nido de grulla en la copa de una haya que crece en medio de una isleta del lago que habéis visto ayer en mi propiedad: no se os facilitará barca, remo, ni ningún medio de transporte; y si dejais de traerme los huevos ó rompéis alguno, ya lo veis... y le volvió á señalar el garfio vacío, porque aquella conversacion pasaba en el salón ensangrentado.

—Esta muy bien, respondió Jack, y sino lo consigo, me conformaré con mi suerte, que ya sé cual es.

—No, no lo sabes, tunante, replicó el otro, que ya no podía reprimir su despecho, porque te haré quemar hasta que estés medio muerto, te cortaré un pedazo de carne que me servirán en la comida, y mientras estés sobre las ascuas tendrás que cantarme el *Amor entre las rosas* para que me divierta.

—¿Que te lleven los demonios!... dijo Jack para sí: parece que eres aficionado á la música, vagabundo.

Al día siguiente por la mañana, Jack dió una vuelta en derredor del lago, reconociendo desde la orilla si podía encontrar algun parage poco profundo por donde pasar: pero

era tan imposible como pasar la mar á pie enjuto, y desgraciadamente nadaba como un perro de plomo. Permaneció, pues, con prudencia en la tierra firme, aguardando una visita de la encantadora joven, pero ay! esta vez le abandonó su estrella: porque en vez de verla llegar complaciente y atenta, vió dirigirse hacia él, al trote, á su antiguo amigo el perro de la pipa. —El demonio ha salido á pasear por la mañana, dijo Jack, esta visita no promete nada bueno.

—Venid á almorzar, Jack, le gritó el perro, ya es hora.

—Poco importa que vaya ó no, respondió Jack rascándose la oreja, porque me parece que mi cabeza no vale un ardite.

—Camarada, jamás ha valido tanto, dijo el cuadrúpedo sacando su pipa y colocándosela en la boca, en donde se encendió al momento.

—Guárdate tú, gritó Jack furioso que se creía en la punta del asador; guárdate, perro villano, pues me dan intenciones de torcerte el cuello.

—Harias mucho mejor en contener tu lengua, mientras tu cabeza se halla sobre tus hombros, le replicó el animal, porque sino te romperé los huesos: Jack, estais loco, añadió dominándose y hablándole con tono mas suave, estais loco; ¿no os recomendé el otro día que hiciérais lo que os mandasen, y os mantuviérais tranquilo?

—Efectivamente, pensó Jack, no conviene enemistarme con él mas de lo que estoy, especialmente en situación tan apurada.

—Mentís, dijo el perro como si Jack hubiese hablado en voz alta: ni soy vuestro enemigo, ni lo he sido jamás: no lo sabéis todo.

—Os pido perdón de mi vivacidad, contestó Jack; pero si estuviérais en mi lugar, si vuestro amo os hubiese de asar vivo, comer de vuestro cuerpo, y cantar mientras tanto el *Amor entre las rosas*, y para coronar la fiesta, supiérais que vuestra cabeza debía ser colocada en seguida en el garfio, quizá tendríais vuestros momentos de mal humor como cualquiera otro.

—Buen ánimo, Jack, dijo el otro poniendo la mano sobre la nariz con un aire mas maligno que nunca, ¿no os he dicho ya que teneis un amigo poderoso? No ha concluido el día: ¡quién sabe si todavía habrá recurso!

—Sea en buen hora, dijo Jack un poco mas alegre, y queriendo contentarle, añadió: es preciso convenir en que os gusta mucho la pipa.

—Ahora está en moda, y hay que seguirla.

Cuando llegaron cerca de la casa, estaban ya en la mejor armonía. —¡Ah! dijo Jack; con tono jovial, si podeis ayudarme en algo para alcanzar el nido de la grulla, hacedlo.

—¿No os he dicho ya que teneis un amigo poderoso? replicó el perro.

Cuando Jack volvió al lago, lo único que pudo hacer fué sentarse, contemplar con tristeza el árbol, ó dar vueltas por toda la orilla: de este modo pasó el tiempo hasta la hora de comer, en que llegó la joven tan fresca y deslumbrada a como un ángel. El corazón le saltó hasta los labios, porque sabía muy bien que se encontraba en disposicion de sacarle del apuro.

—Jack, le dijo, no hay que perder un momento porque me acechan, y si descubren que os auxilio los dos estamos perdidos.

—Por piedad, exclamó Jack volviendo pronto, *avourneen machree*; porque prefiero perder cien veces la vida, á que os suceda lo mas mínimo.

—Me parece, contestó ella, que podré sacaros de este aprieto como de los demas: con que tened valor y sed fiel.

—Acushla, la respondió Jack, tengo un corazón que vale tantos billetes de banco como pesa, y no hay en el mundo un muchacho mas fiel que yo á todas las hermosas.

La joven sacó entonces del bolsillo una varita blanca, golpeó con ella en el lago, y al punto se formó en la superficie, desde la orilla, hasta el pie del árbol, el sendero mas bonito cubierto de verdor, que se ha visto jamás. —Ahora, dijo, volviendo la espalda á Jack, y bajándose para hacer alguna cosa que no podía ver, tomad estos dedos, aplicadlos al árbol y os servirán de escalones para llegar hasta la copa: pero por vuestra cabeza y por la mia, tened mucho cuidado de no olvidarni uno solo, pues de otro modo vuestro amo me matará mañana, porque él es quien me pone siempre las chinelas.

Jack iba á jurar que mejor prefería renunciar á todo, y entregar su cabeza; pero cuando miró los pies de la dama y no vió en ellos la menor señal de sangre, partió sin mas dilacion, sacó los huevos del nido, y los fué tomando uno á uno por temor de romperlos. Su alegría no conoció limites cuando se apoderó del último huevo: al punto recogió los dedos uno á uno, excepto el pequeño del pie izquierdo, que en su embriaguez y precipitacion olvidó completamente: entonces se volvió por el sendero verde, que á medida que avanzaba, se iba sumergiendo detrás de él.

—Jack, le dijo la encantadora, espero que no habreis olvidado ninguno de mis dedos.

—¿Y á mí me preguntais eso? respondió Jack, perfectamente seguro de haberlos recogido todos: si por cierto, no encontraréis ninguno de mi país que cometa una torpeza semejante.

—Veamos, le dijo, y tomando los dedos, los fué colocando cada uno en su sitio, como si jamás le hubiesen dejado. Pero, ¡justo cielo! cuando llegó al último del pie izquierdo se encontró que faltaba.

—¡Ah! Jack, Jack, exclamó, ¡me habeis perdido! mañana por la mañana, vuestro amo echará de menos ese dedo, y al instante me matará.

—Dejadme hacer, respondió Jack, por los santos del paraíso, no perdereis una gota de vuestra preciosa sangre. ¿Teneis un cortaplumas? voy á demostraros que no la perderéis.

—¿Qué quereis hacer con el cortaplumas?

—¿Que quiero hacer? Daros el mejor dedo de mis dos pies por el que habeis perdido. ¿Creeis que os dejaré carecer de un dedo, cuando tengo diez á vuestro servicio?

—Pero olvidais, dijo la dama que tenía un poco mas de sangre fria, que no me vendrá ningún de vuestros dedos.

—¿Y habeis de morir mañana, querida? preguntó Jack con el tono de la desesperacion.

—En cuanto salga el sol, respondió; porque vuestro amo sabrá inmediatamente que con el auxilio de mis dedos habeis alcanzado el nido.

—Por el cielo, que teneis por padre á un hombre bien terrible.

—¡Por padre! no lo es mío, Jack, quiere casarse conmigo, y sino consigo librarme de este duro trance de aquí á tres días, está escrito que seré su muger.

Cuando Jack oyó aquellas palabras, hubo necesariamente de manifestarse verdadero irlandés: comenzó, pues, á enjugarse los ojos el truhan como si llorase: ¿qué teneis? le d la joven.

—Hermosa, querida mia, contestó, no tengo ánimo de engañaros: sabed que carezco de medios para tener en mi casa á una señora como vos bajo un pie decoroso. Solo conseguiria reduciros á la miseria, y pues que quereis saber lo que causa mi sentimiento, tengo un vivo pesar de no ser bastante rico por amor vuestro, y en pensar que seréis la muger de ese malvado viejo.

La dama no pudo menos de enternecerse y complacerse con la sensibilidad y delicadeza de Jack, y le dijo: —No os desesperéis, Jack, suceda lo que quiera, jamás me casaré con él; antes moriré. Idos á la casa como de costumbre, pero estad sobre aviso y no cerreis los ojos en toda la noche. Poned la silla á la yegua salvaje, idos á reunir conmigo en el espinillo blanco que hay al fin de la pradera, y dejaremos el palacio para siempre. Si quereis casaros conmigo, no os atormenta la idea de la pobreza, porque yo tengo dinero de sobra.

Al pronto la voz de Jack, era temblorosa, por efecto del amor y del enternecimiento, como para ello habia motivo. prometió, pues, hacer todo lo que le mandaba, y fué á cenar con un apetito mas que regular.

El viejo miró á Jack con aire mas sombrío y feroz que los demas días, pero, ¿qué podía hacer? Jack habia cumplido con su deber. Jack se sentó junto á la lumbre, y cantó el *Amor entre las rosas*, con voz mas firme y corazón mas ligero que nunca, con grande despecho del hombre negro que desca-ba estrangularle.

Cuando llegó la media noche, Jack, que tenia los ojos mas abiertos que un buho, estaba ya en el espinillo blanco, con la yegua salvaje ensillada y preparada; pero aunque indómita le seguía como un perrillo. Jack y la dama partieron, pues, como una flecha, y no descansaron hasta el día siguiente á la una de la tarde, en que se detuvieron en una posada para tomar algun refrigerio: luego volvieron á proseguir su marcha á rienda suelta. Sin embargo, no se habían alejado mucho cuando oyeron un gran ruido detrás de ellos. Jack, dijo la dama, volved la cabeza y mirad que es eso.

—Por los once apóstoles, respondió Jack, ya estamos perdidos: el hombre negro, y la mitad del país vienen al galope detrás de nosotros.

—Meted la mano, le dijo, en la oreja derecha de la yegua, y ved que encontráis dentro de ella.

—Nada, absolutamente, nada, contestó Jack, como no sea un palito seco.

—Arrojadle por encima de vuestro hombro izquierdo, y ya vereis lo que sucede.

Jack se apresuró á obedecer, y al punto se elevó de la superficie de la tierra un bosque tan espeso, que apenas podía penetrar un brazo, por delgado que fuese, por entre los troncos de los árboles.

—Ahora, le dijo, estamos en seguridad por un día.

—Sois la maravilla del mundo, contestó Jack aguijoneando los ijares de la yegua, y ya vereis cuan dichosa sois cuando lleguemos á la esmeralda del Océano.

Cuando el viejo socarrón vió lo que pasaba, se vió precisado á recorrer el país para proveerse de hachas, sierras, y otros instrumentos cortantes, para abrirse paso por en medio del bosque. Como dice el refrán, cuantos mas brazos, menor es la tarea: no tardaron mucho en abrirse un sendero, y continuaron la persecucion de los fugitivos con una velocidad dos veces mayor.

Al día siguiente á cosa de la una, Jack y la dama ganaban delantera como la vispera, despues de comer un poco de roast-beef, cuando oyeron detrás de ellos el mismo ruido de caballos, solo que era diez veces mas fuerte.

—¡Helos ahí otra vez, dijo Jack, y mucho me temo que concluyan por atraparnos.

—Si lo consiguen, le contestó, nos matarán en el acto: es preciso detenernos siquiera un día si nos es posible. Volved á registrar la oreja derecha de la yegua, y decidme lo que encontráis.

Jack sacó de ella un guijarro con tres puntas, diciéndole que era lo único que hallaba.

—Pues bien, arrojadle por encima de vuestro hombro izquierdo como la varita.

Quedó ejecutado tan pronto como habia sido dicho, y se presentó una cadena de rocas escarpadas delante del endemoniado viejo y de los que le seguían.

—Vamos, dijo la encantadora, ya hemos ganado otro día.

—Si cuando nos hallamos en la verde Erin, la dijo Jack, no sois la mas dichosa de las mugeres, no estoy ahora montado delante de vos en este caballo, ó sea yegua; y si no teneis toda especie de cosas buenas para comer y beber no me llamo Jack. Construiremos un palacio con muchos pisos: tendreis una carroza con seis caballos, multitud de criados á vuestras órdenes, y de todo en abundancia, sin contar con que tendreis un marido de que la mas hermosa dama del país podría envanecerse, dijo enderezándose en la silla, y dando á la yegua un buen espolazo para avanzar. El resto del día lo pasaron bastante agradablemente, caminando con cuanta rapidez les era dable. Jack de cuando en cuando volvia la cabeza atrás, para mirar si los perseguían, pero en realidad para ver el rostro radiante, y los labios hechiceros que esparcian toda clase de esquisitos perfumes en derredor suyo.

Cuando el hombre negro tropezó con el obstáculo de la cadena de montañas, por poco revienta de rabia, pero reflexionó que valia mas hacer saltar los peñascos, y para perder poco ó ningún tiempo, reunió toda la pólvora, palancas y picos que pudo encontrar en algunas leguas á la redonda, y á fuerza de sudores, de agujerear, hendir é introducir cuñas de hierro, y de hacer saltar pedazos de peñascos, gruesos como unas casas pequeñas, su gente concluyó por abrirse un paso. Entonces partieron á escape, y llevaban gran ventaja á la pobre yegua que montaba Jack y la dama, porque sus caballos estaban descansados, y no llevaban un peso doble. Al día siguiente avistaron delante de ellos á Jack y su hermosa compañera, á cosa de medio cuarto de legua escaso.

(Se concluirá.)

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.